

44

CIRCULO LITERARIO COMERCIAL.

LA ESPAÑA DRAMATICA.

DE

D. PABLO AVECILLA.

CAPRICHOS DE LA FORTUNA.

8 rs.

PUNTOS DE VENTA EN MADRID.

D. Juan Diaz de los Rios, *calle de Carretas.*

D. José Cuesta, *calle Mayor.*

IMP. DE C. GONZALEZ.—S. Anton, 26.
1857.

Catálogo *de las obras dramáticas de la propiedad del* Círculo Literario Comercial.

DRAMAS EN TRES ó MAS ACTOS.

Los hijos de la noche.
El Capitan Pacheco.
Hamlet.
Don Alvaro de Luna.
El triunfo del pueblo libre.
Napoleon en España.
Kuser ó los bandidos de Holanda.
La Torre del Duero.
Magdalena.
La Pasion.
El hijo del ciego.
El castillo de Balsain.
Los contrabandistas del Pirineo.
El Puente de Luchana.
¡Creo en Dios!
¡Las Jornadas de Julio!
Pedro Navarro.
Don Rafael del Riego.
La niña del mostrador.
La mano de Dios.
Remismunda.
¡Redencion!
Rioja.
Mujer y madre.
El curioso impertinente.
La aventurera.
La pastora de los Alpes.
Felipe el Prudente.
Dios, mi brazo y mi derecho.
El fénix de los ingenios.
Ricardo III.
Caridad y recompensa.
El donativo del diablo.
La hija de las flores.
El valor de la mujer.
La fuerza de voluntad.
La máscara del crimen.
La Estrella de las Montañas.
La ley de raza.
Sancho Ortiz de las Roelas.
Andres Chenier.
Adriana.
La ley de represalias.
El ramo de rosas.
Caibar, *drama bardo.*
El Trovador, *refundido.*
Cristobal Colon.
Un hombre de estado.
El primer Giron.
El Tesorero del Rey.
El lirio entre zarzas.
Isabel la Católica.
Antonio de Leiva.
La reina Sara.
Ultimas horas de un Rey.
Don Francisco de Quevedo.
Juan Bravo el Comunero.
Diego Corrientes.
El bufon del Rey.
Un Voto y una venganza.
Bernardo de Saldaña.
El Cardenal y el ministro.
Nobleza republicana.
Doña Juana la Loca.
El hijo del diablo.
Sara.
Garcia de Paredes.
Boabdil el chico.
El Fuego del cielo.
Un Juramento.
El Dos de Mayo.
Roberto el Normando.

COMEDIAS EN TRES ó MAS ACTOS.

Unos llevan la fama.
Las Indias en la córte.
¡Mejor es creer!
Los órganos de Móstoles.
La Escuela de los ministros.
El fondo y la corteza.
El Tesoro del Diablo.
La Flor de la maravilla.
El agua mansa.
Un infierno ó la casa de huésps.
El duro y el millon.
El oro y el oropel.
El médico de cámara.
Un loco hace ciento.
La tierra de promision.
La cabra tira al monte.
Sullivan.
El peluquero de Su Alteza.
La consola y el espejo.
El rábano por las hojas.
Tres al saco....
Un inglés y un vizcaino.
A Zaragoza por locos.
Los presupuestos.
La condesa de Egmont.
La escuela del matrimonio.
Mercadet.
Una aventura de Richelieu.
Deudas de honor y amistad.
Merecer para alcanzar.
Para vencer, querer.
Los millonarios.
Los cuentos de la reina de Nav.
El hermano mayor.
Los dos Guzmanes.
Jugar por tabla.
Juegos prohibidos.
Un clavo saca otro clavo.
El Marido Duende.
El remedio del fastidio.
El Lunar de la Marquesa.
La Pension de Venturita.
Quién es ella?
Memorias de Juan Garcia.
Un enemigo oculto.
Trampas inocentes.
La ceniza en la frente.
Un matrimonio á la moda.
La voluntad del difunto.
Caprichos de la fortuna.
Embajador y Hechicero.
Mauricio el republicano.
Á quien Dios no le dá hijos...!
La nueva Pata de Cabra.
A un tiempo amor y fortuna.
El Oficialito.
Ataque y Defensa.
Ginesillo el aturdido.
Achaques del siglo actnal.
Un hidalgo aragones.
Un verdadero hombre de bien.
La esclava de su galan.
Pecado y expiacion.
¡Fortuna te dé Dios, hijo!
No se venga quien bien ama.
La Estudiantina.
La Escala de la Fortuna.
Amor con amor se paga.
Capas y sombreros.
Ardides dobles de amor.
El buen Santiago.
¡Ya es tarde!
Un cuarto con dos alcobas.
¡Lo que es el mundo!
Todo se queda en casa.
Desde Toledo á Madrid.
El rey de los Primos.
La caverna invisible.
Quien bien te quiera te hará llorar.
Marica-enreda.
Flaquezas y Desengaños.
La Amistad ó las tres épocas.
El Diablo las carga.

CAPRICHOS DE LA FORTUNA.

COMEDIA EN TRES ACTOS,

ORIGINAL Y EN VERSO,

POR

DON RAMON DE NAVARRETE.

Estrenada en la inauguracion del Teatro del Real Palacio el 27 de abril de 1849.

SEGUNDA EDICION.



N.º 22.

MADRID:
IMPRENTA DE C. GONZALEZ, CALLE DE SAN ANTON, NÚM. 26.
1857.

A S. M. LA REINA

DOÑA ISABEL II DE BORBON.

SEÑORA:

El reinado de V. M. será sin duda uno de los mas gloriosos y memorables, aparte de otras razones, por la noble y generosa proteccion que otorga á las letras y á las artes. V. M. que acaba de dotar al pais con una nueva institucion literaria, fecunda en grandes resultados; V. M. que acaba de inaugurar solemnemente el Teatro Español, ha querido añadir una prueba mas de sus elevados designios, erigiendo en su propio alcázar un templo á la poesía dramática, y llamando á él á los escritores y á los artistas.

Honrado por V. M. con el encargo inestimable de dar el primero una composicion á la régia escena, no puedo, no debo atribuir semejante distincion sino á la incomparable bondad de V. M., nunca á mis escasos merecimientos. Acepte, pues, V. M. el testimonio de mi gratitud, y acepte tambien la humilde obra que le ofrezco, con el temor de que no sea digna de la escelsa persona que la recibe, ni del objeto á que la consagro.

Señora: A L. R. P. de V. M.

Ramon de Navarrete.

PERSONAS.	ACTORES.
DOÑA URSULA, *madre de* .	D.ª Gerónima Llorente.
SERAFINA.	D.ª Josefa Palma.
MATILDE, *pupila de doña Ursula*.	D.ª Matilde Diez.
DON ALVARO GUTIERREZ.	D. Julian Romea.
DON EDUARDO DE CARDENAS.	D. Florencio Romea.
DON NICOLAS DE EGUILUZ.	D. José Garcia Luna.
DON JUDAS, *usurero*. . . .	D. Pedro de Sobrado.
VALENTINA, *criada de doña Ursula*.	D.ª Mariana Chafino.
ROQUE, *criado de don Alvaro*.	D. Ramon Garcia Luna.
UN PORTERO *de ministerio*. .	D. Antonio Gonzalez.

La escena es en Madrid y en casa de doña Ursula.

ACTO PRIMERO.

El teatro representa en los tres actos un salon adornado con elegancia, pero sin lujo.

ESCENA PRIMERA.

DOÑA URSULA.—SERAFINA.—MATILDE.—VALENTINA.—ROQUE.—*Al levantar el telon, aparecen las tres señoras sentadas y bordando ó cosiendo:* ROQUE *sale por el fondo con una bandeja ó canastilla llena de galas y joyas.* VALENTINA *le precede.*

ROQUE. Esto de parte del amo.
(Queriendo entregarle la bandeja.)
VALENT. Pasa, Roque, pasa aquí.
Señora...
URSULA. *(Levantándose.)*
Quién es?
VALENT. Es Roque,
cargado con mas de mil
joyas, y trajes, y blondas,
y otras zarandajas.
URSULA. Sí;
Serafina, los regalos...
Matilde... chicas, venid!...
Déjalo todo en la mesa,
Roque, y toma para tí.
(Roque deja la bandeja sobre una mesita que hay en el centro del teatro; doña Ursula le dá dinero; las jóvenes se levantan, y van á examinarlo todo.)
ROQUE. Muchas gracias.

URSULA. Dí á don Alvaro
que no puedo permitir
que siga haciendo locuras.
(Destapando la bandeja.)
Válgame san Agustin!
No una novia, sino veinte,
hay aquí con que vestir!
ROQUE. Es mi señor muy rumboso.
SERAF. Ay! qué trage de organdí
tan bonito!...
MATILD. Y esta gorra!...
ROQUE. Esa vino de París
de Francia.
SERAF. Ya se conoce;
tiene la gracia y el *chic*
de las modistas francesas.
URSULA. De madama Chavaní
debe ser este prendido,
y estos guantes de Lafin
ó Dubost...
SERAF. Lafén, mamá,
se pronuncia.
URSULA. Entrame á mí
con esos nombres de estranjis!...
MATILD. Aderezos de rubís,
de perlas y de diamantes...
URSULA. Lo repito; el mismo Cid
no fuera mas generoso.
Siempre en don Alvaro ví
que aunque gasta con esceso,
tambien lo sabe lucir.
ROQUE. Pues si usted no me descubre,
la diré...
URSULA. Un chisgaravís
no soy yo, que así publique
á son de caja y clarin
las confianzas que merezco.
Vamos, despáchate... di.
ROQUE. Espera el señor de Lóndres
un tren de lujo, para ir
el dia de tornaboda
á velarse á San Martin.
URSULA. No escuchas, niña? Otro coche!...

Cuánto vas á ser feliz!...
SERAF. (*Suspirando.*)
Feliz! Ah!
URSULA. Tendrás lacayo,
y librea, y jockey, y...
SERAF. Jockey, mamá...
URSULA. Dale, dale!...
Si yo no lo sé decir!
SERAF. Pues no lo diga usté entonces.
URSULA. Estas chicas, eso sí,
no saben el castellano,
pero el francés...
MATILD. Hasta el fin
lo hemos registrado todo!
(*Acabando de ver las galas.*)
VALENT. Y no es un grano de anís!
MATILD. Es esta *corbeille* tan rica
como elegante.
SERAF. Psit! psit!
MATILD. Eres descontentadiza!
SERAF. No!
MATILD. Qué mas puedes pedir?
Encages, diamantes, flores!
Si esto vale un potosi!
SERAF. Ciertamente!
(*Aparte.*)
Pero mi alma
desprecia ese fausto vil!
URSULA. Conque, Roque, dá las gracias
á tu señor.
ROQUE. Lo haré asi.
URSULA. Y dile que le aguardamos
á comer.
ROQUE. Muy bien.
URSULA. Ah! sin
que se le olvide el traerse
á Cárdenas al venir.
(*Váse Roque con Valentina.*)

ESCENA II.

MATILDE.—SERAFINA.—DOÑA URSULA.

URSULA. Ahora, niñas, ayudadme
á guardar otra vez todo.
MATILD. *(Mientras lo guardan.)*
Qué abanicos!
URSULA. Qué pañuelos!
Ya le costarán buen oro!
MATILD. El que lo tiene lo gasta.
SERAF. Y no, no criará polvo
el dinero de don Alvaro!
URSULA. Ya lo creo! Es tan garboso!
SERAF. Disipador, diga usted.
URSULA. Serafina, ese no es modo
de tratar á tu futuro,
que te adora como un loco.
SERAF. Qué frase, Virgen del Cármen!
URSULA. Y qué dengues, San Antonio!
Qué quieres! Yo soy así,
á la buena de Dios! Solo
me intimida, lo confieso,
el buen tio de tu novio.
SERAF. Don Nicolás?
URSULA. Si á fé mia.
Como dicen que es un pozo
de ciencia! En fin, literato
y poeta!! Sí, un sabiondo!
Cuando él se encuentra delante,
yo que parlo mas que un loro,
apenas abro los labios,
tartamudeo y me corto!
SERAF. Pues es un señor muy fino,
muy amable y bondadoso!
URSULA. No creas que al decir esto
en duda su bondad pongo;
pero tan sério, tan grave,
y además habla tan poco!
SERAF. Eso es de sábios, mamá.
URSULA. De sábios, hija, ó de bobos?

SERAF. Bobo él, que es un personaje
tan ilustre y tan famoso?
Académico de número
de la lengua; digno socio
de veinte corporaciones
de España y Francia, y de otros
paises que son sin duda
de la ilustracion emporio!..
URSULA. Ta! ta! ta! y piensas acaso
que no hay muchos sábios tontos?
Ya se vé, como tú eres
muy sublime, tiene absorto
tu espíritu ese pedante
tan espetado y tan docto!
Pues tambien don Eduardo
de Cárdenas es un mozo
de provecho, y buen poeta,
y no se da tanto tono.
SERAF. Ese es un joven que empieza....
URSULA. Y el otro es un vegestorio
que acaba, lleno de honores,
de vanidad, y de embrollos.
SERAF. Ay! Qué vulgar es usted!
URSULA. Qué quieres? Yo no soy como
tú; porque no he leido
esos librotes en folio
que te han puesto la cabeza
mas volcánica que un horno;
no sé quien es Sué ni Dumas,
ni á Victor Hugo conozco,
y ni á una de sus novelas
he visto jamás el forro.
Pero tengo juicio y mundo,
y aquí un poco de meollo;
y de todas esas farsas
hija del alma, me mofo.
Con que nada de remilgos,
por Dios, que es ya hacer el oso
adoptar ese carácter
romántico-melancólico.
Rie, canta, bulle, baila,
con mil pares de demonios,
cuando no tienes motivos

sino de alegria y gozo.
Gran mal! Que vas á casarte
con un hombre poderoso
que te adora, y que se mira
como dicen, en tus ojos!
Otra estaria en su lugar
siempre llena de alborozo;
pero ella, nada... al revés.
Y yo mientras me sofoco,
y me requemo la sangre,
y rabio y me desazono!
Mas lo mejor es dejarla.
Valentina! ven, ven pronto!
(Valentina sale.)
Mira, llévate allá adentro
corriendito este envoltorio.
(Valentina se vá con la canastilla.)
Y tú, por san Nicodemus,
no tengas tan triste el rostro,
pues creerán que te violento
á hacer este matrimonio,
cuando al contrario, tú fuiste...
Me voy... que si no la ahogo.
(Vase.)

ESCENA III.

MATILDE.—SERAFINA.

MATILD. Tiene razon la mamá.
Qué tu tristeza ocasiona?
SERAF. No, Matilde, no!... Perdona
nunca el lábio lo dirá.
MATILD. Jóven, rica, amada, bella,
y no no eres feliz!
SERAF. Qué quieres!
Asi somos las mugeres!
MATILD. *(Aparte).*
Falso, que asi solo es ella!
(Alto).
Si te vieses como yo
ay! huérfana desvalida,

sin mas amparo en la vida
que el que generoso dió
tu madre á mi desventura!

SERAF. No somos las dos hermanas?

MATILD. Sí, tú en endulzar te afanas
cariñosa mi amargura!
Y vivo tan felizmente
á tu lado, hermana mia,
que con temor miro el dia
ya cercano é inminente
de tu enlace!

SERAF. Y yo tambien!

MATILD. Qué, no amas á tu futuro?

SERAF. Le estimo, te lo aseguro...

MATILD. Quién no ha de estimarle, quién?

SERAF. Pero...

MATILD. Hola! hay pero?

SERAF. Si tal.
La gente es tan maliciosa,
que juzgará... Cualquier cosa!
Porque, es tan rico!

MATILD. Gran mal!

SERAF. Creyendo que el interés
es solo lo que me inspira!...

MATILD. Riete tú de esa mentira!
Luego don Alvaro es
buen mozo, hombre de talento...

SERAF. Mas de tan alegre humor!

MATILD. Já! Já! Já! pues señor
es pecado estar contento?
O será tu aprension tanta
que para hacerse querer
de tí, sea ahora menester
cara de semana santa?

SERAF. No, pero siempre risueño,
decidor y bullicioso...

MATILD. Y por qué siendo dichoso
ha de poner triste el ceño?

SERAF. Don Eduardo...Ese sí!
ese es un jóven cabal!
pálido, sentimental,
rubio... Y pobre!...

MATILD. Entonces dí

que es él á quien tú prefieres.
SERAF. No por cierto, amiga mia.
Le miro con simpatía
no mas.
MATILD. Qué original eres!
En siglo tan positívo
como el nuestro, la pobreza
por interesarte empieza!
SERAF. Yo en nuestro siglo no vivo!
no, y en esta sociedad
metálica, interesada,
solo el que no tiene nada
tiene á mis ojos bondad!
por eso te amo, Matilde,
MATILD. Y dime, me aborrecieras
si tal vez mejorar vieras
esta posicion humilde?
SERAF. No; pero menos te amara.
MATILD. Siendo así, y aunque me aflija
perder tu cariño, hija,
ójala el caso llegara!
SERAF. Oh alma pequeña y vulgar!
oh prosáico corazon!
MATILD. No te asiste ni razon
ni causa para ultrajar
con palabras tan vehementes
mi noble desinterés.
Que un justo medio hay no ves
entre el comun de las gentes
y ese génio tuyo tan?...
SERAF. Y cuál es? Saberlo quiero!
MATILD. Ni hacer ascos al dinero,
ni buscarlo con afan.
SERAF. Es tu sistema egoista!
tú no leiste, oh Dios mio!
Los Misterios... El Judío...
MATILD. Qué, te has vuelto socialista?
SERAF. No te oculto mi aficion
á Eugenio Sue.—Caractéres
como los de sus mujeres
no los hay!—Rosa Pompon,
Adriana!... Y no digo nada...
la que á todas las demas

deja en heroismo atrás:
la sublime Jorobada!
Ah! quién fuese como aquella!

MATILD. Hasta en la joroba?

SERAF. No!

MATILD. Siendo tú, quisiera yo
ser igual en todo á ella.

SERAF. Lo que hay de grande no alcanzas
tú en semejantes creaciones;
ni concibes sus pasiones,
sus luchas, sus esperanzas...

MATILD. Creo, y no es esto blasfemia,
que tales insensateces
han hecho mil y mil veces
mas daño que una epidemia!

ESCENA IV.

Dichas.—DON EDUARDO.

EDUARD. Señoritas, buenos dias.

SERAF. *(Poniéndose una mano sobre el corazon.)*
Ah!

MATILD. *(Aparte.)*
El poeta boquirubio!

SERAF. Qué agitado viene usted!

EDUARD. Si he corrido hoy medio mundo!
asi es que en el mes de enero
vengo como en el de julio!

SERAF. Pobre muchacho! Matilde,
(Don Eduardo tose.)
vé que le incomoda el humo
de la chimenea... Baja
la pantalla.

EDUARD. Y cuánto sudo!

MATILD. Siéntese usté aquí.

EDUARD. Mil gracias.

SERAF. No, ese sillon es muy duro.
Este es mejor.

MATILD. Y de dónde
se viene?

EDUARD. Llevé hoy mi rumbo

hácia el ministerio de
Gobernacion...

SERAF. Lo presumo.
Pretensiones ?

EDUARD. Pretensiones!

MATILD. Que vió usted al ministro juzgo.

EDUARD. No tal; no me dejó entrar
el portero. Mameluco!
y estuvo tan insolente!
por poco no le estrangulo!

SERAF. Es canalla muy grosera!

MATILD. Si señor, todos son unos...

EDUARD. Como soy pobre, he ahí la causa.

MATILD. Sí, sí; ya me lo figuro...

EDUARD. Un mes há que conozco
á la reina por el busto.
La fortuna es que mi amigo
Alvaro, goza un peculio
soberbio, y que el infeliz
nunca tiene nada suyo.

MATILD. Sí; es tan generoso y bueno!

EDUARD. Vivo, es verdad, hasta con lujo
en su casa; y sin embargo
cuánto padece mi orgullo!

SERAF. El que es rico, repartir
con los demas debe...

EDUARD. (*Sonriéndose.*)
Alguno
que no tenia nada, fué
el inventor de ese absurdo.
En fin, que no soy dichoso,
Serafina, es lo seguro,
y que al aceptar los dones
de la amistad, mucho sufro.
Asi, un destino cualquiera
hace ya tiempo que busco,
por ver si de esa manera
con mi trabajo me ayudo.

MATILD. Pues si diz que á los poetas
ya no les falta á ninguno
en España que comer!

EDUARD. Pero de cenar á muchos!
y otros tan buenos cristianos

son, que para ellos... Por gusto,
es todo el año cuaresma.

MATILD. Cómo? Cuaresma?

EDUARD. Sí; ayuno.
Y á propósito, hoy salí
tan temprano...

SERAF. Ay Dios! Qué escucho!
no almorzó usted?

EDUARD. Sí señora;
almorcé un cigarro puro.

MATILD. Buen almuerzo!

SERAF. *(Corriendo á la puerta y llamando.)*
Valentina!
Ven! ven! corre!

EDUARD. Por San Bruno,
no se incomode usted!

SERAF. *(A Valentina que sale.)*
Trae
vino y vizcochos al punto,
y salchichon, y pasteles...
pronto!

VALENT. No tardo un minuto!
(Váse.)

EDUARD. Serafina, es usté un ángel.

SERAF. Casi estará usted difunto
de necesidad!

EDUARD. No tanto;
de esta suerte me acostumbro
por si acaso de ayunar
me llega tambien el turno.

VALENT. *(Saliendo con una bandejita con dulces, vizcochos, etc.)*
Aqui está.

SERAF. *(Sirviendo á Eduardo.)*
Vamos, jamon.

EDUARD. *(Se echa vino, y moja en él vizcochos.)*
Basta con esto, lo juro.

SERAF. Ni un pastelito?

EDUARD. No, gracias.

MATILD. Ni otra copita?

EDUARD. No lo uso,
y ya me escedí.

VALENT. No mas?

EDUARD. No!
(Se vá Valentina con la bandeja.)
SERAF. Cómo resistir pudo
usted tantas horas?
EDUARD. No es
ya el primer dia, ni el último.
SERAF. *(Aparte á Matilde.)*
Cuál me interesa esta jóven!
MATILD. *(Con malicia.)*
Sí!
SERAF. Eh?
MATILD. Digo que no lo dudo.

ESCENA V.

Dichos.—DON ALVARO.—*Sale con paletot y sombrero puestos, y se arroja como hombre muy cansado sobre un divan en que ha dejado su labor Serafina.*

ALVARO. Niñas, á los piés de ustedes,
Aquí está un hombre rendido!
SERAF. Ay! que sobre mi bordado
se sienta usted!...
(Don Alvaro se levanta rápidamente haciendo un gesto.)
ALVARO. Vive Cristo
que me he clavado la aguja...
Caspitina!... y en mal sitio!
SERAF. Me alegro, que es usté un torpe.
ALVARO. Lo siento, que me ha dolido.
(Se deja caer sobre otra silla, donde hay un sombrero de Serafina.)
SERAF. *(Gritando.)*
Mi sombrero! Mi sombrero!
ALVARO. *(Levantándose.)*
Por qué usted no me lo dijo
antes?
SERAF. *(Cojiéndolo.)*
Si no hay mas recurso
que tirarlo! Habrá maldito!
ALVARO. Si era viejo ya!
SERAF. A ser nuevo

hubiera usté hecho lo mismo.

ALVARO. No tengo la culpa yo,
si en cada sillon hay libros,
y enredos, y fruslerías...
(*Tira al suelo lo que hay en una silla, y se sienta en ella.*)

SERAF. Qué hace usté? Al suelo?

ALVARO. Asi evito
el destrozar otra cosa.

MATILD. (*A Serafina.*)
No le riñas, pobrecillo!...
Si viene tan sofocado!

SERAF. Toma! Vendrá, lo adivino,
de almorzar con calaveras,
y de beber de lo lindo.

ALVARO. Ay Eduardo! No te cases,
que cuesta muy caro, chico.
Dulces, amonestaciones,
regalos... Cuánto he corrido!
Así vengo como un pato
de sudor.

SERAF. Usted lo quiso.
Por qué no fué usted en coche?
De qué le sirve el ser rico?

ALVARO. No tomé el coche, porque
me aprovecha el ejercicio;
y ademas, porque iba á ver
nada menos que al ministro.

SERAF. Y qué?

ALVARO. Válgame San Pedro!
Con que todo he de decirlo?
No está bien que un pretendiente
pida, en ruedas, un destino.

EDUARD. Al contrario, si ese es, ese,
el modo de conseguirlo.

SERAF. Cómo! quiere usted tambien
un empleo, siendo tan rico?

ALVARO. Sí, hermosa; para ser algo,
ademas de tu marido.

SERAF. Qué llaneza! Pues me gusta!

ALVARO. Te enfurruñas, amor mio,
porque te tuteo acaso
delante de los amigos?

Perdona; se me olvidó
que es para los dos solitos,
esta prueba de confianza,
y esta señal de cariño.
Asi, te prometo y juro
llamarte en lo sucesivo
de usté, hasta que nos dé el cura
para tutearnos permiso.

EDUARD. Vamos, viste a su escelencia?

ALVARO. Por supuesto! Si hemos sido
compañeros y amigotes
de infancia!

EDUARD. Toma! y me dijo
el portero que se hallaba
abrumado, ocupadísimo...

ALVARO. Y es verdad... En almorzar
con escelente apetito.
Llego, me anuncio, le doy
al cancerbero un durillo;
y al cabo de dos minutos
dice: entre usted, señorito!...

EDUARD. Yo, que lo necesitaba,
no pude entrar!

SERAF. No me admiro!
Solo porque es usted pobre!

ALVARO. Pues yo entré!

SERAF. Porque usté es rico!

EDUARD. Y qué hubo?

ALVARO. Manifestóse
tan servicial y tan fino,
que me dió á elegir: ó ser
nombrado gefe político,
ó covachuelo.—Elegí
lo último, y viéndole propicio
le hablé luego en tu favor.

EDUARD. Sí?

ALVARO. Sí.

EDUARD. Y qué has conseguido?

ALVARO. Díjome que los empleos
buenos, están ya provistos;
pero, asi, para empezar,
te dará algun destinillo
con cuatro ó cinco mil reales.

EDUARD. Tan poco á mí?
SERAF. Eso es indigno!
Solo porque usted es pobre!
ALVARO. Mas espléndido conmigo,
me ofreció cuarenta mil.
ALVARO. (*A Serafina.*)
Y di... Diga usted, decia...
no se come hoy por lo visto
en esta casa? Tomé
chocolate tempranito,
y se halla mi pobre estómago
casi en estado de sitio.
SERAF. Y por qué no almorzó usted
luego, ó tomó pastelillos
en la fonda de l' Hardi?
ALVARO. Se me olvidaba; mi tio,
al que ví en el ministerio,
que vendrá á comer me ha dicho
aquí.
SERAF. Ay! de veras? Matilde,
vamos corriendo á vestirnos.
Oye, anúnciale á mamá
el honor que recibimos;
y que aumenten algun plato;
que pongan en nieve el vino
de Champagne... En fin, que estrenen
hoy aquel nuevo servicio
de mesa que nos mandó
de Bayona nuestro primo.
ALVARO. Y á qué viene, diga usted,
tamaños preparativos?
SERAF. El señor don Nicolás,
ese sábio, ese erudito
literato, es personaje
de todo respeto digno.
Señores, hasta despues.
ALVARO. Qué simpleza!
MATILD. (*Al marcharse.*)
Qué capricho!

ESCENA VI.

DON ALVARO.—DON EDUARDO.

EDUARD. Qué dichoso, Alvaro, eres!
ALVARO. Y por qué?
EDUARD. Porque te casas
con una mujer lindísima,
jóven, rica, y que te ama!
Bien me vendria otra así!
Mas pobre y sin esperanzas
de mejorar de fortuna,
no encontraré tales gangas!
Dinero busca dinero.
ALVARO. No, Eduardo, no, te engañas:
si supieras cuán feliz
es esa pobreza honrada!
Si supieses los cuidados,
los disgustos y asechanzas
las dudas y sinsabores
que las riquezas nos causan!
EDUARD. Pero tú en cambio disfrutas
comodidades y holganza:
á tí todas las mujeres
te sonrien, te agasajan;
para tí son los favores;
para mí las calabazas!
Si pretendemos los dos
algo, siempre te lo calzas
tú, quedándome yo *in albis*,
con una nariz de á cuarta.
Que en el mundo logra todo
quien no necesita nada;
y quien de todo carece,
por la inversa nada alcanza!
ALVARO. Pues te lo aseguro, á veces
ser rico es una desgracia.
Comienza por la mortal,
eterna desconfianza
que los goces envenena,
que los placeres amarga;

que introduce la sospecha
hasta en los afectos; hasta
en el amor que nos jura
la misma mujer amada.
Oyendo entonces acaso
sus cariñosas palabras,
cual plomo hirviendo, la duda
cae gota á gota en el alma.
«Tal vez, dice uno, es mentira
esa pasion; quizá es falsa
esa ternura vehemente...
quizás es interesada!»
Tú ignoras, amigo mio,
que este pensamiento acaba
con todas las ilusiones,
con las creencias mas caras!

EDUARD. Pero tú tambien te encuentras
libre de inquietud tamaña,
porque Serafina es rica...

ALVARO. Sí, sí: yo por mí no hablaba,
sino en general. Por eso
busqué una que no anhelara
ni bienes, ni posicion;
una, en fin, que si me amaba
no fuese por interés...

EDUARD. Todo lo que buscas hallas
siempre, picaron, porque
tu futura te idolatra.

ALVARO. No, los dos nos estimamos,
y en el matrimonio basta
con esto. Ella es virtuosa,
está muy bien educada,
tiene buen genio...

EDUARD. Te digo
que es una perla, una alhaja.

ALVARO. Solamente me disgusta
que la eche, así, de romántica;
mas ya la quitaré yo
poquito á poco esas mañas.

EDUARD. La Matildita tambien
es un modelo de gracias.

ALVARO. Sí, aunque se muestra conmigo
tan fria, tan reservada...

EDUARD. Pues conmigo es al revés:
amable, espresiva, franca...
ALVARO. Si está hablando, cuando yo
me aparezco, al punto calla;
y si por casualidad
la dirijo la palabra,
me contesta solamente
sí ó no.
EDUARD. Cosa mas rara!
Conmigo, te lo repito,
la opuesta conducta guarda.
Me distingue y lisonjea,
su buen amigo me llama...
ALVARO. Por lo visto, entonces es
que de tí está enamorada.
EDUARD. No lo supongo, ni encuentro
nada en ella que me haga
concebir esa ilusion.
ALVARO. Será que le es antipática
mi presencia, no hay remedio.
EDUARD. Al contrario, pues si ensalza
siempre tanto tu talento,
tu bondad, tu...
ALVARO. Vaya! Vaya!
Es menester á esa simple
no hacerla caso, y dejarla.

ESCENA VII.

Dichos.—DOÑA URSULA.

URSULA. Buenos dias, señoritos.
Hola! Los dos tan solitos?
Cómo á las niñas no encuentro
con ustedes?
ALVARO. Allá dentro
se marcharon poco há.
URSULA. Y á qué?
ALVARO. A vestirse.
URSULA. Ya, ya;
porque á comer aqui viene
hoy ese señor que tiene

siempre de vinagre el gesto...
Yo no le falto con esto
al señor don Nicolás;
pero si es el hombre mas
severo é intolerante,
y lacónico y pedante;
y orgulloso y criticon...

ALVARO. Doña Ursula, compasion
pido á usted para mi tio!

URSULA. Es tambien amigo mio,
mas conozco la razon.
Don Eduardito, qué es eso?
Hay mal humor?

EDUARD. Lo confieso.

URSULA. Y por qué? Ah! Me lo figuro!
No tiene usted aun seguro
el destino que pretende?

EDUARD. Sí, mas que me den me ofende
el sueldo de un alguacil;
y á Alvaro cuarenta mil
reales.

URSULA. Oh perversidad!
(A don Alvaro.)
Aunque con usted,—verdad?
él cambiará...

ALVARO. Ya ves, chico...
no basta la voluntad...

URSULA. Toma! Para eso usté es rico!

ALVARO. Pues! La eterna cantinela
que, por vida de mi abuela,
todo prójimo á porfia
me repite noche y dia!
Si alguna vez juego y gano,
desde la primera mano
escucho ya ese refran;
y tentaciones me dan
de acogotar á la vieja
que dice:—«Yo no me esplico
por qué Dios perder me deja,
y usted gana siendo rico!»
Si pierdo por el contrario,
se sonrie mi adversario,
y todos haciendo coro

mientras se guardan mi oro,
reproducen la cancion,
esclamando en conclusion:
—«Qué le importa á usté ese pico?
Bah! Veinte onzas nada son
para usted, siendo tan rico!»—
Si algun amigo moderno
de esos que abortó el infierno,
por víctima se decide
á señalarme, y me pide
dos, tres, ó cuatro mil reales,
con las promesas usuales
de reintegrarme muy pronto,
yo que soy un pobre tonto
al cabo de un año ó dos
se lo recuerdo é indico,
y él responde:—«Anda con Dios,
no te pago, que eres rico!»—
Otro me coge un corcél
para ir al campo con él
á una comilona á escote,
y me le pega tal trote
que el triste animal revienta.
Entonces se me presenta
risueño, y decir le escucho:
—«Tu caballo era un borrico;
se murió... lo siento mucho...
Toma! pero tú eres rico.»—
Si se me rompe mi coche,
si los bolsillos de noche
me aligera algun ladron,
si me rasgo un pantalon,
si por desdicha se abrasa
entera mi mejor casa,
si se pierde la cosecha,
ó en fin, si el gobierno me echa
otro impuesto... paternal,
abren cien nécios el pico,
repitiendo:—«Eso es fatal...
Mas qué diantre! Tú eres rico!»

ESCENA VIII.

Dichos.—Don Nicolás.

Nicolas. *Laus Deo.*
Alvaro. Tio! ..
Ursula. *(Aparte.)*
Ya está aqui
el pedante. Punto en boca;
pues si no, siempre le choca
cuanto hablo, pobre de mi!
Alvaro. Qué tal en el ministerio
le fué á usted?
Nicolas. A mi me vá
bien en todas partes.
Alvaro. Ya...
Ursula. *(Aparte.)*
Hoy mas que nunca está serio.
Alvaro. Como es el Dios, el oráculo
del ministro, ya se vé,
no encuentra jamás usté
para sus fines obstáculo.
Nicolas. Me estima un poco.
Eduard. Y es justo!
Nicolas. Como he sido su maestro...
Alvaro. Por tanto á diestro y siniestro
le maneja usté á su gusto.
Ursula. Y pues... luego, una persona
á quien todo el mundo tiene
el respeto que conviene
por su edad...
(Don Nicolás hace un gesto de disgusto y la vuelve la espalda.)
(Aparte.)
Como una mona
me ha corrido el muy bigardo!
Alvaro. Segun me ha pedido él hoy,
á presentarle á usted voy
mi buen amigo Eduardo
de Cárdenas.
Eduard. Mi homenaje

anhelaba ardientemente
tributar al eminente,
al ilustre personaje
que la Europa entera admira.

NICOLAS. *(A Alvaro.)*
Tiene este jóven talento!

EDUARD. Nunca olvidaré el momento
en que indulgente me mira
el célebre autor de... de...
(Bajo á Alvaro.)
Dí, cuáles sus obras son?

ALVARO. Yo no lo sé.

EDUARD. Oh confusion!

NICOLAS. Vamos, vamos, siga usté.

EDUARD. De... aquella historia divina...
que nombrar no necesito...

URSULA. *(Bajo á Eduardo.)*
Qué dice usted? Si no ha escrito
mas que un arte de cocina!

EDUARD. Será verdad?

URSULA. *(Bajo.)*
Vaya!

EDUARD. *(Bajo.)*
Pero
cómo en la Academia entró?

URSULA. *(Bajo.)*
Porque allí, supongo yo,
que hacia falta un cocinero.

NICOLAS. Mi proteccion, hijo mio,
le ofrezco á usted, y mi ciencia
por guia á su inesperiencia.

URSULA. *(Aparte.)*
En las salsas.

EDUARD. Pues confio
que no olvide usted jamás
su oferta.

URSULA. Y si en mi consiste,
yo...
(Don Nicolás la dirige una mirada severa, ella se detiene, y dice aparte.)
Hola! No quiere que chiste
hoy el tal don Nicolás!

EDUARD. Preguntarle á usted me atrevo

si vió el drama que dió ayer
la Cruz.

NICOLAS. No. Quién ha de ver,
amiguito, nada nuevo?
Porque está la juventud
tan estraviada y perdida
desde que en su orgullo olvida
á la augusta senectud!
Asi, todo es hoy vulgar,
y chocarrero y monstruoso.
No hay un muchacho estudioso
ni un poeta hay regular.

URSULA. Pues y Zorrilla? y Breton?

NICOLAS. Vamos, silencio, señora.
Usted que todo lo ignora,
siempre habla sin ton ni son.

URSULA. Oiga! de rabia me ahogo...
y ni articular me deja...
Mire usted que yo soy vieja
para sufrir pedagogo,
señor mio; y que no tengo
hace mucho, padre, madre,
ni perrito que me ladre,
asimismo le prevengo.
Vaya! no faltaba mas
que á mis años consintiese
que un dómine me dijese:
«Esto harás y esto no harás!»
Harta ha sido mi prudencia
para tanto berrenchin;
pero al mas calmoso, al fin
se le acaba la paciencia.
Asi, sepa usté igualmente
que en mi casa haré y diré
cuanto se me antoje, y que
si no le gusta, corriente.
Ya tragué mucha saliva;
y al verle á cada momento,
dar á mis frases tormento,
volviéndome muda iba.
Pues quiero hablar, quiero hablar;
y si digo disparates,
buen provecho; otros petates

callan por no revelar
su ignorancia, que es su mengua.
Y tiene acaso poder
para hacerme enmudecer
la Academia de la lengua?

NICOLAS. Amiga, usté es una loca!

URSULA. Y usted es... Vamos de aquí.
(Cojiendo del brazo á don Eduardo.)
Eduardo, pues si no... Sí,
vá á oir lo que es él de mi boca!
(Váse precipitadamente, llevándose á don Eduardo.)

ESCENA IX.

DON ALVARO.—DON NICOLÁS.

ALVARO. Já! já! já! Siempre en disputa
han de estar ustedes dos!

NICOLAS. Puesto que solos nos deja
aquí esa muger feroz,
quiero aprovechar, sobrino,
tan oportuna ocasion
para exijir de tí ahora
un levísimo favor.

ALVARO. Hable usted al punto, tio;
y si acaso puedo yo...

NICOLAS. No has de poder?

ALVARO. Concedido,
pues, sin mas esplicacion.

NICOLAS. Bien sabes, Alvaro amado,
que como sábio que soy,
he nacido pobre, y pobre
me encuentro como un raton.
Sin embargo, me consuela
el que no es cosa de hoy
esta miseria; y que en tiempos
de Sócrates y Platon
no tenian los filósofos
mas chimenea que el sol,
y alguno en una tinaja
por muchos años vivió.

ALVARO. Al grano, tio; ya basta
de ejemplos.

NICOLAS. Al grano? voy.
Probado ya que pobreza
no es vileza...—Ciceron
no fué tampoco opulento—
paso á decirte que Dios
justamente de sus dones
hizo la distribucion:
al que le tocó talento
ni un maravedí le dió;
y por el contrario, á quien
le cupo buena porcion
de riquezas, de cacúmen
pobremente le dotó.

ALVARO. Pues mil gracias por la parte
que me toca! Yo que soy
rico...

NICOLAS. Lo ignoras, querido?...
No hay regla sin escepcion.

ALVARO. Prosiga usted.

NICOLAS. Ya prosigo.
No quiero decir que estoy
en la indigencia. No; tengo
algunas tierras de arroz
en Sueca; y el destinillo,
pues, de archivero mayor
que me concedieron, de
la corona de Aragon.

ALVARO. Y el cual desempeña usted
en Madrid.

NICOLAS. Así es mejor.

ALVARO. Para usted.

NICOLAS. Y para todos.
La ilustre corporacion
que lleva el sabido lema:
«Limpia, fija y dá esplendor,»
no quiere que yo la prive
de mis luces, y de los...

ALVARO. Tio, adelante, adelante.

NICOLAS. Como vivo solteron,
lo paso bastante bien;
no me falta un buen reló;

ni una casita decente;
ni gallina, ni jamon
en el puchero, y perdices...
Lo que es buen trato me doy.
Pero á mis años sin coche...
eso es una cosa atroz...
y asi, yo queria pedirte,
que me prestases...

ALVARO. (*Aparte.*)
Gran Dios!

NICOLAS. Una friolera.—Solo
mil duritos. Es favor
que te agradeceré mucho,
y no los perderás, no.
Yo te los devolveré...

ALVARO. (*Aparte.*)
Cuando vuele el caracol!
(*Alto.*)
Tio, con toda mi alma
bien quisiera... Pero... Oh!
no sabe usted lo que es
casarse!

NICOLAS. Tu fortunon
es inmenso.

ALVARO. Regular,
aunque...

NICOLAS. Eso lo dices por
negarme lo que te pido.
Tú un hombre tan rico, y con
tus bienes fuera de España!

ALVARO. Y eso me causa temor;
porque como todo anda
mal con la revolucion,
hace ya dias que aguardo
letras de Mr. Godot,
que es mi banquero en Marsella,
y hasta ahora nada llegó.

NICOLAS. Avaro! A este pobrecito
le niegas...

ALVARO. Avaro yo?
Juro á usted que solo tengo
treinta mil reales, señor.
Veinte aqui en billetes; y

el resto en casa.

NICOLAS. Pues yo
tomaré ese papel. Dáme.
Tú no tienes compasion
de las piernas de tu tio!
Suelta la mosca, traidor!

ALVARO. (*Aparte sacando una cartera.*)
Esto es saquearle á uno,
como pudiera un ladron!

NICOLAS. Qué diantre! Los ricos deben
socorrer!...
(*Echándose encima de los billetes que saca Alvaro.*)

ALVARO. (*Aparte.*)
Me los pescó!
Billetes del alma mia,
os doy un eterno adios!

ESCENA X.

Dichos.—MATILDE.—SERAFINA.—DOÑA URSULA.—DON EDUARDO.

SERAF. Señor don Nicolas!
(*Corriendo á saludarle.*)

NICOLAS. Perla!

URSULA. (*Aparte.*)
La tonta de Serafina
pues, con el viejo tan fina!

NICOLAS. Mucho me alegro de verla
á usted siempre tan divina!

SERAF. Es favor...

NICOLAS. No, no; el tesoro
no sabes, sobrino mio,
que te llevas; y no hay oro
con que pagar...

ALVARO. (*Secamente.*)
No lo ignoro...

SERAF. Deje usté hablar á su tio.
(*Bajo á don Nicolas.*)
Tengo, señor, un empeño...

NICOLAS. Conmigo?

SERAF. Como es usté
tan amable, proyecté...
NICOLAS. Le dá á usted miedo mi ceño?
El qué es, Serafina, el qué?
SERAF. Usted tiene relacion
si no estoy equivocada
con el ministro Leon...
NICOLAS. Jamás ha negado nada
á mi eficaz proteccion.
SERAF. Entonces, fácil será
lo que conseguir deseo.
NICOLAS. Pero dígame usted ya...
(Mientras Serafina y don Nicolás hablan aparte, los otros personajes forman otro grupo: don Alvaro dirige miradas curiosas hácia su tio.)
Vaya, vaya! Yo bien veo,
niña, lo que usted querrá.
Alguna cruz, lo imagino,
ó un empleo descansado
para mi caro sobrino?
SERAF. No; está usted equivocado.
NICOLAS. De veras no es un destino?
SERAF. Al revés; usted no ignora
que él conoce á su escelencia.
NICOLAS. Sí, sí!
SERAF. Pues va á hacerle ahora
covachuelo!
NICOLAS. Si señora,
eso es cargo de conciencia.
Sin duda! Un jóven tan rico!
SERAF. No sabe usted lo peor...
no encontró cosa mejor
para ese otro pobre chico
el ministro... es un horror!
que ofrecerle de escribiente
una plaza!
NICOLAS. Clama al cielo
tal infamia ciertamente!
Con que al rico, covachuelo,
y al pobre, ni para un diente?
SERAF. Así, yo rogar queria
á usted, puesto que disfruta
tanto influjo...

NICOLAS. Vida mia,
hable usted!
SERAF. Una permuta
entre ambos desearía.
ALVARO. *(Acercándose á Serafina y en voz baja.)*
Qué estás diciendo?
SERAF. Chiton!
ALVARO. Responde! Saberlo quiero.
SERAF. Hácia á este caballero
cierta recomendacion...
ALVARO. Ah! en favor mio? Lo espero...
SERAF. Es claro!
ALVARO. Pues adelante!
(Se separa de ella.)
SERAF. Me entendió usted?
NICOLAS. Sí; yo haré
que el ilustre gobernante
á mi sobrino le dé...
SERAF. Cuatro mil, y es muy bastante.
NICOLAS. Justo, y al otro muchacho
le nombre para oficial
del ministerio...
SERAF. Cabal!
NICOLAS. Esta noche es de despacho,
y lo haremos, bien ó mal.
ALVARO. *(Que ha estado hablando con doña Ursula.)*
Nada, nada, suegra mia;
no ponga usted esa cara:
va á terminar en el dia
tan injusta antipatia
un abrazo de Vergara!
URSULA. Quite usted de ahí! Abrazar
yo á ese hombre? No, no por cierto!
si al fin le pudiese ahogar,
pase...
ALVARO. No hay que replicar;
no hay apelacion, lo advierto.
NICOLAS. Qué ocurre?
ALVARO. Que esta señora
como generosa olvida...
URSULA. *(Bajo, furiosa.)*
Calle usted!
ALVARO. Que es la ofendida.

URSULA. *(Bajo.)*
O me marcho.
ALVARO. Y quiere ahora...
URSULA. No quiero tal por mi vida!
ALVARO. Sí, una reconciliacion.
NICOLAS. Conmigo?
ALVARO. Pues! vamos! vamos!
URSULA. *(Bajo á Alvaro.)*
A que al fin nos enfadamos?
SERAF. *(Suplicándola.)*
Mamá!
URSULA. Qué sofocacion!
ALVARO. Tio!...
NICOLAS. *(A doña Ursula.)*
Yo, bueno. Empezamos?
MATILD. *(Id.)*
No se resista usted mas.
URSULA. *(Aparte, blandiéndolo cómicamente.)*
Le clavaré este alfiler!
SERAF. Abra usted, pues que ha de ser
los brazos, don Nicolás!
(Este lo ejecuta; y al abrazarse los dos, le pincha doña Ursula.)
NICOLAS. Vaya! ay Jesus! qué mujer!
URSULA. Perdone usted! le he pinchado?
NICOLAS. Caspitina!
URSULA. Qué torpeza
la mia!...
ALVARO. *(Aparte á ella.)*
Ya es usted pieza!
URSULA. Yo?
(Aparte.)
El alfiler le he clavado,
todito, hasta la cabeza!

ESCENA XI.

Dichos.—VALENTINA.

VALENT. Si ustedes gustan venir,
señores, al comedor...
ALVARO. De mi estómago el dolor

no podia ya resistir !
El brazo, tio, á las damas.

NICOLAS. Bah! los jóvenes!

URSULA. Usté
quiero yo que me lo dé.
(*Se coge á él.*)

NICOLAS. Tú, Alvaro, con la que amas!
(*Vánse los cuatro.*)

EDUARD. (*Ofreciéndole el brazo.*)
Matilde....

MATILD. Gracias, me aguardo
todavia aquí un momento.

EDUARD. Y sola? No lo consiento!

MATILD. Se lo ruego á usté, Eduardo.

EDUARD. Entonces, hasta despues.
(*Váse.*)

ESCENA XII.

MATILDE.—*Luego* SERAFINA.

MATILD. Llora ya, que es ya razon,
infelice corazon;
llora, que ya tiempo es!
Fingir, y siempre fingir !...
Y cuando me ahoga la pena,
el mundo cruel me ordena
mostrarme alegre y reir !
Entonces, con fiera calma
rio y hablo; embromo y canto;
y bebo mi amargo llanto,
mientras vierte sangre el alma !
ocultar este secreto,
desventurada de mí!
siempre, siempre, siempre aquí,
al que es de mi amor objeto,
á aquel por quien muero, á aquel...

SERAF. (*Desde la puerta.*)
Matilde !

MATILD. (*Reprimiéndose.*)
Ah! al punto voy.

SERAF. Qué hacias ?

MATILD. Buscando estoy,
(*Haciendo que busca en una mesa.*)
que lo he perdido, un papel...
SERAF. (*Mirándola.*)
Lloraste?
MATILD. (*Riéndose.*)
De risa, sí.
Y tú la causa no infieres?
SERAF. Yo? No, amiga. Cómo quieres?
MATILD. De lo que antes pasó aquí,
del abrazo... de...
SERAF. Ya, ya!
MATILD. Con que vamos. Fué graciosa
la escena!
SERAF. Sí: deliciosa!
MATILD. Yo aun me rio! Já! Já! Já!
(*Toma el brazo de Serafina, y se vá con ella riéndose convulsivamente.*)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Ál dia siguiente del acto primero.

ESCENA PRIMERA.

MATILDE.—DON EDUARDO.—*Matilde, sentada bordando. Don Eduardo viene de la calle.*

EDUARD. Matildita, buenos dias.
MATILD. Muy felices, don Eduardo.
EDUARD. Van ustedes á salir?
MATILD. Iremos un poco al Prado,
mas tarde.
EDUARD. Supongo que
no incomodo en ese caso.
MATILD. Usted no incomoda nunca,
y sabe que le miramos
todas cual de la familia,
EDUARD. Mil gracias. Sí, ya sé cuanto
debo á la amistad de ustedes,
al aprecio señalado
con que me distinguen.—¿Y
Serafina?
MATILD. Está en su cuarto.
Mas cualquiera supondria
que la viene usted buscando.
EDUARD. Yo? No tal.
MATILD. Vaya! Y ¿por qué

ponerse tan colorado?
Siempre es lo mismo; de mí
nunca se acuerda el ingrato;
y si no vé á Serafina...
¿Sabe usted que á ser yo Alvaro
habria de tener celos?

EDUARD. Qué alegre humor!

MATILD. Estremado!
Ya no estoy triste jamás...
Paso la vida cantando
y bailando... Como soy
tan dichosa!

EDUARD. Pues es claro!
¡Quién como usted que no siente
en su corazon los daños
de una pasion desgraciada!

MATILD. Ama usted? Pobre muchacho!

EDUARD. Yo no...

MATILD. Já! Já! Já! Me rio
solamente de pensarlo!
Amar yo? Qué disparate!
Já! Já! Já!

EDUARD. Mucho estraño
que usted que es buena, sensible,
del amor se burle tanto.
Si, lo confieso; me admira
que haga asi burla y escarnio
de un sentimiento, Matilde,
que un dia abrigará acaso.

MATILD. Pues hasta entonces, me rio.
Sabe usted por qué no amo?
Amigo, porque soy pobre;
y al que es pobre, no le es dado
nada; ni siquiera amar
en este mundo en que estamos.
Quién ha de quererme, quién?
Virtud! Belleza! Son vanos
títulos, porque no dan
en la sociedad un cuarto!
Qué fuera de mí, infeliz,
si esta doctrina olvidando,
me enamorase quizás
de algun hombre colocado

en posicion eminente?
Creeria mi afecto santo
mentido, inspirado solo
por un interés bastardo;
y despreciando sin duda
mi virginal holocausto,
iria á ofrecer el suyo
á algun corazon viciado!
Já! Já! Já! Déjeme usted
que me ria, pues bien hago.

EDUARD. Tiene usted razon, Matilde!
Sí, yo soy un insensato!

MATILD. La pobreza en este siglo
es un sambenito infausto;
es un muro que se opone
á los fines mas honrados;
es una esclusion, que en Parias
convierte á los que llevamos
esta cruz de redencion
en este nuevo calvario!

EDUARD. Pero al fin, usted conserva,
si no estoy equivocado,
esperanzas de una herencia
de un pariente muy cercano.

MATILD. Sí, sí; de un primo carnal;
pero tiene treinta y cuatro
años: es fuerte y robusto,
y además no se ha casado.
Con que mire usted si asi
puedo aguardar heredarlo.
Ni tampoco lo deseo!
Viva largo tiempo en Castro
donde está, que de su muerte
nunca haré el voto profano!

ESCENA II.

Dichos.—DON JUDAS.—VALENTINA, *que le detiene.*

VALENT. Digo á usted que aquí no entra!
Vaya! El demonio del viejo!

JUDAS. Entraré!

VALENT. No entrará tal!
Si estuviese en casa Pedro,
mandaba arrojarle á usted
por el balcon sin remedio.

MATILD. Jesús! Qué voces, Dios mio!
Valentina! Dí, qué es eso?

VALENT. Que pretende entrar en casa
y á viva fuerza este abuelo!

JUDAS. Deslenguada! Abuelo yo?
Todavía no tengo nietos!
(*Valentina y don Judas siguen forcejeando en la puerta, sin que el segundo vea á don Eduardo.*)

VALENT. Pues bien tenerlos podria
usted ya en alabarderos!

EDUARD. (*Aparte.*)
Dios mio! Es su voz! Es él!
(*Aterrado viéndole.*)
Don Judas!

JUDAS. Si yo he de verlo!
Si no se me escapará!
Si yo sé que está aquí adentro!

EDUARD. (*Aparte.*)
Qué vergüenza!

MATILD. Déjale,
Valentina, que entre.

VALENT. Pero
se ha de salir con la suya,
señorita, este estafermo?

JUDAS. Si no me dejas, bribona,
con tales gritos comienzo,
(*Gritando ya cada vez mas.*)
que me oiga la casa toda,
y todito el barrio entero...
Y vendrá la policía,
y habrá escándalo... y veremos
quién se lleva la razon!

VALENT. Qué apostamos á que le echo
rodando por la escalera?

JUDAS. Don Eduardo! Ese perverso
en dónde se oculta, en dónde?

MATILD. (*Aparte.*)
Qué escucho!

EDUARD. *(Aparte.)*
Yo desfallezco!
MATILD. Viene buscándole á usted?
EDUARD. Sí, Matilde.
(Arrojándose en una silla con vergüenza.)

ESCENA III.

Dichos.—DOÑA URSULA.—SERAFINA.

URSULA. Mas, qué es esto,
Valentina?
VALENT. La señora!
EDUARD. *(Aparte.)*
Soy perdido! Santo cielo!
SERAF. Qué ocurre?
(Don Judas vé ahora á don Eduardo y grita.)
JUDAS. Si, allí está; allí!
URSULA. Qué pretende usted, buen hombre?
JUDAS. Yo? Busco á ese caballero.
URSULA. A don Eduardo? Pues déjale
(A Valentina.)
que pase.
JUDAS. *(Entrando.)*
Triunfé!
VALENT. Mastuerzo!
(Aparte.)
Ya se salió con la suya!
Si le tragase el infierno!
URSULA. Qué se ofrece?
JUDAS. *(A don Eduardo con burla.)*
Señor mio,
mucho esta ocasion celebro
de encontrarle á usted...
EDUARD. *(En tono de súplica.)*
Don Judas!
JUDAS. Tan rozagante y tan bueno.
Hace por lo corto un año,
querido, que no nos vemos.
Toma! Como usted estuvo
viajando en el estranjero...
se olvidó de los amigos,

y lo que es mas, de sus créditos.
Pero hoy que le miré entrar
en esta casa á lo lejos,
dije: «voy á presentarle
á ese señor mis respetos...
(*Sacando un papel.*)
pues, con este papelito
que le sirva de recuerdo.

EDUARD. (*En voz baja aparte.*)
Don Judas, por Dios!

JUDAS. (*Desdoblando el papel, y leyendo.*)
Y suma
la cantidad de mi afecto,
ocho mil trescientos reales
y un maravedí... completos.

URSULA. Un acreedor! pobre jóven!

JUDAS. Usted este atrevimiento
me perdonará, señora;
si yo esta visita he hecho
en su casa á don Eduardo,
es porque busco y no encuentro
ha un año su domicilio;
y si hoy por fin no le pesco,
presumo que se me escapa
por otro añito á lo menos.
Con que, vamos, saque usted
el bolsillo y despachemos.

EDUARD. Don Judas, yo iré mañana
á verle á usted, lo prometo.

JUDAS. Que si quieres! Yo de aquí
sin los cuartos no me muevo!
(*Sentándose.*)

EDUARD. Pero...

JUDAS. No hay pero ó manzana.
(*Gritando.*)
Mi dinero! Mi dinero!

EDUARD. Don Judas, conozca usted
que pagarle aquí no puedo.

JUDAS. Pues poder!

EDUARD. (*Arrojándose sobre una silla.*)
Ah! Qué sonrojo!

MATILD. (*Aparte.*)
Desgraciado!

EDUARD. *(Cubriéndose el rostro con las manos.)*
Yo me muero!
SERAF. Mamá, si usted le sacase
de este apuro!
URSULA. Ni por pienso!
Supondria quizá el mundo
que yo... En fin, lo que no quiero
que suponga!
JUDAS. *(A Eduardo.)*
Vamos pronto!
Si no, ahora mismo le llevo
á usted delante de un juez...
SERAF. Don Alvaro! Viene á tiempo!

ESCENA IV.

Dichos.—DON ALVARO.

ALVARO. Jesus! Qué sucede aqui
que ustedes están tan sérios?
Qué tiene ese chico? Y tú
(A Serafina.)
por qué lloras, dulce dueño?
SERAF. Alvaro, sálvele usted!
Lo suplico! Te lo ruego.
(Esto último bajo.)
ALVARO. Mas de qué, de qué, Dios mio?
SERAF. *(Bajo.)*
No conoces á ese viejo?
ALVARO. Yo? No... No! Aunque por las trazas
debe ser un usurero!
SERAF. Justamente! Y ha venido
á pedirle con esceso
de grosería, ocho mil
reales...
ALVARO. Sí? pues mucho temo...
URSULA. Vamos, usted que es tan rico,
bien podria hacer un esfuerzo,
y pagar...
ALVARO. Qué dice usted?

(*Aparte.*)
Si supiese que no tengo
mas que tristes diez mil reales!
JUDAS. (*A Eduardo.*)
Paga usted, ó le presento
al juez?
EDUARD. Haga usted de mí
cuanto quiera.
URSULA. Lo confieso;
el corazon se me parte
al verle en caso tan fiero!
ALVARO. Pues páguéle usted la deuda.
URSULA. Yo? Una señora? Eso es bueno
para usted, que es tan su amigo,
y hombre además.
SERAF. (*Bajo á Eduardo.*)
Te lo advierto:
ó sácale de ese apuro
ó sin recurso rompemos.
URSULA. Es usted un miserable,
un roñoso, un avariento!
MATILD. Compadézcase usted de él!
ALVARO. Pues señor, estamos frescos!
URSULA. Malas entrañas!
ALVARO. Señora!
SERAF. Mal corazon!
ALVARO. Yo no puedo...
URSULA. Con que, despache usted pronto!
SERAF. Elije entre los dos medios...
ALVARO. Esto no es un *sacativo*!
Esto es mas! Es un saqueo!

ESCENA V.

Dichos.—DON NICOLAS.

NICOLAS. Buenos dias!
SERAF. (*Viéndole.*)
Venga usted
á ablandar á ese perverso...
ALVARO. Yo perverso, Serafina?
NICOLAS. Espliquese usted! Qué ha hecho?

SERAF. Eduardo es su amigo íntimo;
se halla en un apuro estremo,
y él le abandona!

NICOLAS. Es posible?
Por tí, Alvaro, me avergüenzo
de esa conducta?

ALVARO. Y por qué,
tio, no me dá usté ejemplo
de filantropía?

NICOLAS. Yo?
Soy pobre, si no al momento!
Porque la caridad es
en el mundo lo primero.

ALVARO. En los lábios.

JUDAS. (*A Eduardo.*)
Vaya! vaya!
caballerito, acabemos.
(*Eduardo se levanta.*)
Venga usted!

SERAF. Lo oyes, verdugo?

URSULA. Lo oye usted, alma de hierro?

NICOLAS. Vamos, saca ese bolsillo
que de oro está bien repleto!

ALVARO. Ya se olvida usted que ayer...

NICOLAS. De lo de ayer no me acuerdo!

JUDAS. (*A Eduardo.*)
Andando!

SERAF. (*Secamente.*)
Señor don Alvaro,
no lucirá de himeneo
la antorcha para nosotros!

ALVARO. (*Sacando el bolsillo.*)
Ya que no hay otro remedio!..

SERAF. Aguarde usted, don Eduardo.

ALVARO. El recibo!

EDUARD. No consiento!...

URSULA. No sea usté tonto!

EDUARD. Jamás!

ALVARO. Ocho mil... ahí van completos!

JUDAS. Falta el pico!

ALVARO. Tome usted,
y váyase á los infiernos!

JUDAS. Mil gracias: si necesita

usted algo, caballero...

ALVARO. Necesito que al instante
se me quite usted de enmedio,
ó si no, viejo del diablo,
no le queda sano un hueso.

JUDAS. Servidor de ustedes todos!
Cáspita! gasta mal génio!

URSULA. Qué rasgo!

EDUARD. Qué corazon!

SERAF. De ser tuya me envanezco!
(Váse don Judas acompañado por Valentina.)

ESCENA VI.

DOÑA URSULA.—MATILDE.—SERAFINA.—DON ALVARO.
DON EDUARDO.—DON NICOLÁS.

ALVARO. A buen tiempo, mangas verdes!
(Sentándose de mal humor.)

EDUARD. Con qué te podré pagar?...

SERAF. Es un amigo ejemplar!

NICOLAS. Cree, Alvaro, que no lo pierdes;
pues yo le daré al ministro
sobre tu conducta luz...

ALVARO. Tengo con mi tio cruz!
(Levantándose.)
Mire usté ahora qué registro!

SERAF. *(Bajo á don Nicolás.)*
Vió usté á su escelencia ayer?

NICOLAS. Sí.

SERAF. Y firmó?

NICOLAS. Los dos despachos.
Ya tiene usté á los muchachos
aviados!—Mandé traer
luego aquí las credenciales...

SERAF. Y diga usted, se hizo todo
como yo?...

NICOLAS. Del mismo modo;
á Alvaro cinco mil reales
con carácter de escribiente:
don Eduardo, oficial sesto

del ministerio, y con esto
treinta mil.

URSULA. Perfectamente!
Qué admirado se pondrá
cuando sepa...

NICOLAS. *(Los dos se rien.)*
Pues, y el otro?

ALVARO. *(Aparte.)*
Oh! Me tienen en un potro
con sus secretitos ya!

URSULA. *(A Serafina.)*
Con qué el miércoles la boda,
y á las seis de la mañana.

SERAF. Esa es costumbre villana:
por la noche, como es moda;
y aquí, en casa, y no en el templo.

URSULA. Siempre ha de ser lo que quieres!
Qué caprichosa, hija eres!

NICOLAS. *(A doña Ursula tiernamente.)*
No seguirá usted su ejemplo,
inclinando la cerviz
á esa sagrada coyunda?

URSULA. El cielo antes me confunda!
Me encuentro así muy feliz!

NICOLAS. Es tan dulce el matrimonio!

URSULA. Yo prefiero la viudez!

NICOLÁS. En eso no es usté juez,
que fué su esposo un demonio.
Mas no todos son lo mismo!
Hay hombres buenos, amantes...

URSULA. Lo digo; me arrojo antes
de cabeza en un abismo!

NICOLAS. *(Aparte.)*
Dura está de conquistar;
pero yo la ablandaré.
Con sus riquezas, bien sé
la vida que me he de dar!

ESCENA VII.

Dichos.—VALENTINA.—*Luego* UN PORTERO.

VALENT. *(A don Alvaro.)*
Señor, viene preguntando
por usté un hombre muy sério
con pliegos del ministerio,
y está ahi fuera esperando.
ALVARO. Cómo! Dices que por mí?
Ah! Ya caigo! El nombramiento...
Pues hazle entrar al momento.
VALENT. Aquí, don Alvaro?
ALVARO. Sí.
VALENT. *(Al Portero que sale.)*
Pase usté.
PORTER. Beso á usía la...
ALVARO. Adelante. Y qué se ofrece?
PORTER. *(Dándole un pliego.)*
Usía es, segun parece,
el agraciado...
ALVARO. Ya, ya!
PORTER. *(A Eduardo.)*
El señor don Eduardo
de Cárdenas?
EDUARD. Sí, yo soy.
PORTER. *(Dándole un pliego.)*
Pues el parabien le doy.
NICOLAS. *(Ap. á Serafina.)*
No le espera mal petardo!
SERAF. (*Idem.*)
Sí, qué cara va á poner
cuando se entere!
NICOLAS. (*Idem.*)
Oh! divina!
ALVARO. *(Buscando dinero en el bolsillo.)*
Justo es darle la propina.
NICOLAS. Y buena debe de ser,
que tú...
ALVARO. Tóme usted, amigo.
PORTER. Ocho duros!—Caballero,

mil gracias!
(Aparte.)
Ahora me espero
á que el otro...
ALVARO. *(A Eduardo, bajo.)*
Dale, digo,
segun tu categoría.
EDUARD. *(Despues de rebuscar en todos los bolsillos.)*
Ahí vá!
PORTER. Caso estraordinario!
Un realito columnario
me entrega su señoría!
ALVARO. *(Bajo á Eduardo.)*
Estás loco?
EDUARD. Ay! No poseo
mas!
ALVARO. Caramba! Es fiero lance!
SERAF. Sáquele usté de este trance!
ALVARO. Yo?
URSULA. No le deje usted feo!
NICOLAS. Sí, por una friolera...
SERAF. Qué se dirá?
URSULA. Cuatro duros!
ALVARO. Siempre soy de sus apuros
yo la víctima primera!
Suerte es mia! Ahí va un doblon!
PORTER. Pues, caballero, repito...
ALVARO. *(Colérico.)*
Vaya usted de Dios bendito!
PORTER. Este, este sí que es rumbon!
(Váse.)

ESCENA VIII.

Dichos, menos el PORTERO Y VALENTINA.

URSULA. Con que és usted covachuelo?
Pues el plácenme le doy!
ALVARO. No, no! Si lo que yo soy
es el mas grande... mochuelo!
URSULA. Eso es; rabie usted ahora
cuando está...

ALVARO. Si no hay prudencia!
Si se agota la paciencia
con tanto abusar, señora!

URSULA. Vaya, abra usted ese pliego.
(*A Eduardo.*)
Y usted tambien.

EDUARD. Para qué?
Lo que contiene ya sé.

NICOLAS. No importa: yo se lo ruego
á ustedes. Vamos, á una...
(*Don Eduardo y don Alvaro cogen los pliegos y los abren á un tiempo.*)
á dos... á tres...

URSULA. Ya, ya están!

SERAF. (*A don Nicolás.*)
Observe usté con qué afan!...

ALVARO. (*Despues de haber leido.*)
Qué es esto, negra fortuna?

EDUARD. (*Idem.*) Es cierto lo que leí?

ALVARO. Es posible? Yo escribiente!
Sí, no hay duda! Ciertamente!

EDUARD. Nombrarme oficial á mí
del ministerio!—Estoy loco?

ALVARO. No: aquí debe haber error!

NICOLAS. Eso piensas?

ALVARO. Si señor!

NICOLAS. Pues qué, te parece poco?

ALVARO. (*Tomando su sombrero.*)
Voy ahora mismo corriendo
á saber...

NICOLAS. Oye, sobrino,
no vayas.

ALVARO. Yo pierdo el tino!
Por qué?

NICOLAS. Ya irás comprendiendo
que yo ví al ministro anoche...
y le dije... que cambiase
los empleos... Que te nombrase...

ALVARO. A mí escribiente... con coche?...

SERAF. Mas lo necesita aquel.

ALVARO. Es claro, que yo soy rico...
y así, todo me lo esplico!
(*Haciendo pedazos su nombramiento.*)

NICOLAS. (*Aparte.*)
La pega con el papel!
ALVARO. Esto es un escarnio, es mofa!
(*Furioso, tirando una silla.*)
Es un insulto... Es un robo!
Es tratarme como á un bobo,
á mí, á un hombre de mi estofa!
NICOLAS. (*Aparte.*)
Diablo! La nube revienta!
No será malo escapar!
SERAF. Se va usted?
NICOLAS. Quiero aguardar
á que pase la tormenta.
(*Váse.*)

ESCENA IX.

Dichos, menos DON NICOLÁS.

URSULA. (*Acercándose á don Alvaro.*)
Vamos, sosiéguese usted;
de tal modo se sofoca
que vá á darle un accidente.
ALVARO. No lo merece la cosa,
eh?
URSULA. Convengo en que es un chasco.
De todo ese viejo cócora
tiene la culpa! Y huyó
de usted como de Gomorra!
ALVARO. Hace bien, porque si no...
URSULA. Pero si usted se acalora...
ALVARO. (*A Eduardo.*)
Amiguito, muchas gracias!
Sabes que es una bicoca
lo que te debo?
EDUARD. No creas...
ALVARO. Yo te mantengo á mi costa;
yo te doy casa y criados;
y ademas, los usureros,
las propinas...
EDUARD. Me sonrojas!
ALVARO. Ya solo fata, querido,

que ahora me quites la novia!

EDUARD. Escuchar ese lenguaje,
Alvaro, de tí, me asombra!

ALVARO. Ciertamente! Me he escedido!
(*Despues de una pausa.*)
Sé generoso, y perdona
esas palabras acerbas
que solo dictó la cólera.

MATILD. (*Aparte.*)
Alma noble!

URSULA. (*A Eduardo.*)
Lo vé usted?

MATILD. (*Aparte.*)
Como la suya no hay otra!

ALVARO. Eduardo, ven acá; abrázame...
Tienen razon que les sobra!
Mayor falta te hacia á tí!
Mi enhorabuena afectuosa
recibe, y no olvides nunca
tu amistad, que tanto me honra!

EDUARD. Alvaro! Cómo olvidar
yo tus benéficas obras!

ALVARO. No hablemos de eso por Dios.
Pero qué, Eduardo, lloras?
No te pedí ya perdon?

EDUARD. Sí, amigo, sí; y tú equivocas
el origen de las lágrimas
que en mis párpados asoman.
La gratitud solo por
tu conducta generosa...

ALVARO. Vamos, calla!—Oiga usted, suegra:
es necesario que coma
aquí Eduardo con nosotros.

URSULA. Corriente; hoy hay unas ostras
que ni cojidas ayer
en la playa de Santoña.

EDUARD. Tenia otro compromiso...

ALVARO. Pues es menester que corras
á deshacerlo ; porque
hoy hemos de tener broma
para celebrar tu empleo,
bebiendo unas cuantas copas
de aquel vinillo tan rico...

URSULA. Del que mandó de Ronda
mi pariente el capellan
de las pobrecitas monjas?
ALVARO. Justito; y tienen buen gusto
las madres!
URSULA. Subirán todas
las botellas que me quedan;
diez ó doce.
ALVARO. Pues son pocas
para mi sed!—Anda tú!
(*A Eduardo.*)
y vuelve pronto.—Señora,
(*A Ursula.*)
vaya usted á dar la órden.
EDUARD. Hasta luego.
ALVARO. (*Haciéndole correr.*)
Corre posma.
Y usted mamá, no se mueve?
URSULA. Ya voy.
(*Alvaro la empuja, obligándola á correr.*)
Ay! ay! que me atonta
este hombre! habrá tarambana?
Ay! ay! ay!
ALVARO. (*Riéndose.*)
Corra usted, gorda!

ESCENA X.

MATILDE.—SERAFINA,—DON ALVARO.—*Matilde se sienta á bordar; Serafina se sienta tambien, pero sin hacer nada.*

ALVARO. (*A Eduardo que se vá ahora.*)
Já! já! já! Ven pronto, chico.
No te ries tú, Serafina?
Siempre callada y mohina!
Hola! tenemos hocico?
SERAF. Cómo! no me he de quejar?
ALVARO. Y qué he hecho yo, San Antonio?
Pues por vida del demonio
que nunca puedo acertar!
Vaya! vaya! y es prebenda

la niña que me ha tocado!
Yo soy el descalabrado,
y ella se pone la benda!

SERAF. Trató usted sin compasion
á don Eduardo antes;
y sus frases insultantes...

ALVARO. Y no le pedí perdon?

SERAF. Mas la falta eso no amengua.

ALVARO. Si tal. No reconocí
al punto que le ofendí?

SERAF. Tiene usted muy mala lengua!

ALVARO. Lo que yo tengo, señora,
es mas paciencia que un santo!
No es nada lo que yo aguanto!

SERAF. Y yo ? Y yo? Usted no ignora
cuánto me disgusta oir
esas palabras soeces
que emplea usted tantas veces;
ese hablar, ese reir...

ALVARO. Por lo visto, usted querria
convertirme en un momento
en cartujo ?. Pues lo siento;
no es tal vocacion la mia.

SERAF. Haciendo siempre el gracioso!

ALVARO. Señal de que tengo gracia!

SERAF. No tal.

ALVARO. Pues será desgracia!

SERAF. Lo que usted hace es el oso!

ALVARO. Tengamos en paz la fiesta,
Serafina, y no riñamos.
Dame la manita... Vamos !
(*Cogiéndosela, y besándosela muchas veces.*)
Qué rica !— Y cuánto te cuesta
desarrugar ese ceño !
Vaya, vaya, una ris ta...
Si te pones tan bonita
al reirte, dulce dueño!

SERAF. (*Riéndose.*)
Alvaro !

ALVARO. Gracias á Dios !
(*Vuelve á besarla la mano.*)

MATILD. (*Sin poderse reprimir.*)
Ah !

SERAF. (*Oyendo á Matilde.*)
Qué tienes ?
MATILD. (*Disimulando su emocion.*)
Nada, nada !
Fué un pinchazo!
(*Aparte.*)
Desdichada!
ALVARO. Cuán feliz para los dos
el porvenir ahora veo!
Todo ventura nos brinda!
Tú jóven, virtuosa y linda;
yo rico, y en fin... no feo.
SERAF. Vaya! Qué fátuo es usté?
ALVARO. Tú, aunque no dulce, constante;
yo cariñoso y amante...
Qué puede faltarnos, qué?
(*Cambiando de tono.*)
Solo hijos para rabiar!
SERAF. Ah! Qué prosáica salida !
Será usted toda su vida
siempre ordinario y vulgar!...
ALVARO. Hola! vuelves á enfadarte?
SERAF. Sí, la culpa tengo yo
en oirle!
(*Yéndose.*)
ALVARO. Escucha!
SERAF. No !
ALVARO. Si gustas, voy á jurarte
no decir mas...
SERAF. A buena hora!
Qué diferencia entre él
y don Eduardo! Aquel
tratar sabe á una señora !
ALVARO. Hola ! Si? Con que es verdad?
Cásate con él si quieres!
Vamos! Todas las mugeres
son una calamidad!
SERAF. Y los hombres?
ALVARO. Tontería!
SERAF. Los hombres son todos fieras!
ALVARO. Sin los hombres, majaderas,
de vosotras qué sería?
SERAF. Qué carácter tan atroz!

ALVARO. No, pues el tuyo es precioso!
SERAF. Cuando se pone furioso
es una hiena feroz!
MATILD. Modérate, Serafina.
(*Levantándose y yendo á apaciguarlos.*)
ALVARO. Y tú? Quién ha de creer
que es esta aquella muger
con otros tan dulce y fina?
SERAF. Porque usted es un grosero!
ALVARO. Y tú, á pesar de ese dengue
y ese tono de merengue,
una sierpe.
SERAF. Caballero,
usted me injuria y me falta!
ALVARO. Pues usté á mí me encocora!
(*En tono de reprension.*)
MATILD. Alvaro!
SERAF. (*Llorando.*)
A mí... á una señora?...
ALVARO. Qué diablos! Si usted me exalta!
SERAF. Acabamos!
ALVARO. (*Paseándose furioso.*)
Se acabó.
SERAF. Voy á romper al momento
este odioso casamiento!
ALVARO. Eso mismo pienso yo!
SERAF. Mónstruo!
MATILD. (*A Serafina.*)
Ya basta!
ALVARO. Coqueta!
SERAF. Ay! Que me dá! Que me dá!
(*Dejándose caer sobre una silla.*)
ALVARO. Ataques de nérvios ya?
Es una niña completa!

ESCENA XI.

Dichos.—DOÑA URSULA.

URSULA. (*Al salir.*)
Los gritos se oyen de adentro!
Siempre riñendo os encuentro!
Cualquiera, desventurados,

os creeria ya casados
viendo tal buena armonía!

SERAF. Ay! venga usted, mamá mia!
URSULA. Qué, te dió la pataleta?
SERAF. Si me ha llamado coqueta!
ALVARO. Y á mí ella... yo no sé qué!
URSULA. *(A Alvaro.)*
Bah! No la haga caso usté!
SERAF. Qué hombre, mamá!
URSULA. Vamos, juicio!
SERAF. Piensa hacerme un beneficio
tomándome por esposa!
MATILD. *(Bajo á Serafina.)*
No seas ya tan rencorosa!
SERAF. Es un záfio, un groserote!
Si me elige, es por mi dote,
porque su amor es mentira!
ALVARO. Qué dice?
URSULA. Nada, delira!
(Bajo á ella.)
Serafina, ten prudencia.

ESCENA XII.

Dichos.—DON NICOLÁS.

NICOLAS. Hola! Qué es esto? Hay pendencia?
URSULA. Don Nicolás!
SERAF. *(Reprimiéndose y en tono alegre.)*
No señor!
Pendencia? Já! Já! Qué error!
Al contrario, si ahora estábamos
tan alegres, tan... y hablábamos
de la dicha conyugal.
ALVARO. *(Aparte.)*
El finjir no lo hace mal!
NICOLAS. Lo celebro.—El parabien
déme usted á mí tambien.
URSULA. Y qué es? Alguna intendencia?
NICOLAS. No, no; ya tengo excelencia!
SERAF. Aaah!

NICOLAS. La gran cruz de Isabel
la Católica!
URSULA. (*Aparte.*)
Eso á él!
NICOLAS. Vaya, Alvarito, qué tienes?
Por qué tú tambien no vienes
á felicitarme, dí?
No lo celebras?
ALVARO. Yo? Sí!
Mucho! Mucho!
NICOLAS. Lo adivino;
no me perdonas, sobrino,
la broma que te jugué.
ALVARO. Jesús! No lo piense usté.
NICOLAS. Escúchame: no fué mia
la culpa, pues yo queria
complacer á tu futura...
ALVARO. Cómo! Y ella?...
SERAF. (*Aparte.*)
Qué tortura!
(*Haciendo señas á don Nicolás para que calle.*)
NICOLAS. Sí; fué quien me suplicó
que hablase al ministro, y yo
en su obsequio solamente...
ALVARO. Es usté un tio escelente!
Muchas gracias, señorita!
URSULA. Si usted no lo necesita!
Si usted es rico!
ALVARO. Quizás
no lo soy!
SERAF. De veras?
URSULA. Mas...
ALVARO. Hace un mes que en balde espero
las letras de mi banquero
de Marsella; y ya alarmado...
NICOLAS. El correo hoy no ha llegado.
ALVARO. Corren tantas noticiotas
de quiebras y bancarrotas
en París y en toda Francia!
NICOLAS. Ya sabes que á gran distancia
mentiras gordas.
ALVARO. Y son
las tres! Y sin dilacion

dije á Roque que trajese
las cartas que recibiese...
NICOLAS. Aun es temprano! Aun vendrá!
URSULA. Pues nada me admirará
que haya, mientras desatine
ese... ese tal... Lamartine...
Y luego Luis Blau... Y en fin,
el otro... Ledrú Rollin... (1)

ESCENA XIII.

Dichos.—DON EDUARDO.—*En seguida* ROQUE.

EDUARD. Alvaro, por ti pregunta
tu criado; y allí aguarda...
ALVARO. (*Corriendo á él.*)
Roque! Roque! Ven acá!
Traes algo?
ROQUE. Traigo una carta
con el sello de Marsella.
AVARO. (*La toma.*)
Oh! Gracias al cielo! Dámela!
ROQUE. Quiere usted alguna cosa?
ALVARO. No; no necesito nada.
(*Váse Roque.*)

ESCENA XIV.

Dichos, menos ROQUE.

URSULA. Es letra del comerciante?
ALVARO. Del cajero.
URSULA. Vamos, ábrala
usté. Amigo, sus sospechas
fueron al cabo infundadas.
ALVARO. (*Rompiendo el sobre.*)
Un presentimiento triste
aun me martiriza el alma!

(1) Estos apellidos deben pronunciarse en esta ocasion como se escriben.

MATILD. Lea usted pronto... Sepamos...
NICOLAS. Pues no pone buena cara!
URSULA. Y cómo le tiembla el pulso!
ALVARO. Gran Dios! Ya no hay esperanza!
TODOS. Cómo!
ALVARO. Estoy arruinado!
(Suelta la carta, y se deja caer en un sillon, cubriéndose el rostro con las manos.)
URSULA. A ver...
MATILD. (*Cojiendo la carta.*)
Sepamos la causa.
(Leyendo.)
«Muy señor mio: la revolucion de febrero dió un golpe terrible á la fortuna de Mr. Godot, mi principal; y los últimos sucesos de Paris acabaron de comprometerla. Durante algunos meses ha hecho frente á la adversidad; pero ayer se vió en la precision de suspender los pagos, y por la noche desapareció de Marsella, dejándonos á todos en la miseria y en el abandono. La justicia ha intervenido, y forma el inventario de los muebles, que es lo único que se ha encontrado en la casa...»
URSULA. Bribon!
MATILD. (*Aparte mirando á Alvaro.*)
Infeliz!
URSULA. Infame!...
No es el único que gasta
mucho mas de lo que tiene;
y luego sus culpas pagan
los pobres que le entregaron
lo poco en que ellos cifraban
su porvenir; los ahorros
quizás de una vida larga!
NICOLAS. Pero te restan aun
otros bienes: tienes casas
en Madrid... algunas tierras
en Aragon y en la Mancha...
ALVARO. Todo eso para pagar
lo que debo apenas basta!
MATILD. Cómo?
EDUARD. Qué dices?
ALVARO. Confiado

en que en Marsella contaba
lo menos con dos millones,
gasté en muebles y en alhajas
para la boda, el dinero
que en mi poder reservaba;
y tomé ademas á préstamo
una cantidad no escasa!
Asi, pobre soy ahora,
yo que rico me juzgaba!

EDUARD. *(Estrechándole una mano.)*
Alvaro!

NICOLAS. Sobrino, es chasco!

ALVARO. *(A doña Ursula.)*
Este suceso desata
todos nuestros compromisos.
No poseyendo una blanca,
no puedo ser ya el esposo
de Serafina...

URSULA. Palabra.
Ella es bastante rica
para los dos.

ALVARO. No; mil gracias
por esas frases tan nobles,
tan generosas é hidalgas.
Pero nunca! Siendo pobre
me está tal dicha vedada!

SERAF. Alvaro!

URSULA. Por qué? Por qué?

ALVARO. Pudiera ser que pensara
que solo el vil interés
era lo que me llevaba...
(Serafina hace un movimiento.)
Sí, recuérdelo usted bien.
No me ha echado antes en cara...
creyéndome rico aun...
que su dote solo ansiaba?...

SERAF. Es cierto! Fui muy culpable!

NICOLAS. Vamos, qué pronto desmayas!...
Ya te dará su escelencia
otro empleo de importancia...

ALVARO. Eso era muy bueno cuando
de nada necesitaba;
ahora que soy pobre, él, todos,

van á volverme la espalda!

NICOLAS. El dolor exajerar
te hace esa doctrina amarga...

ALVARO. No tal; respóndele tú,
Eduardo, que es muy exacta.
Y déjenme ustedes solo
un instante en esta sala,
que soledad necesito
para recobrar la calma!
(Se deja caer de nuevo en una silla.)

URSULA. Quiere usted algo?

ALVARO. No, no.

EDUARD. Respetemos su desgracia!

SERAF. *(Aparte.)*
Pobre! Ah! Sí: por él empieza
á interesarse mi alma!
(Retíranse todos tristes y silenciosos; Serafina dice las últimas palabras mirando á Alvaro tiernamente: Matilde desaparece un momento; mas en seguida vuelve á salir; y se coloca en el fondo observando.)

ESCENA XV.

DON ALVARO.—MATILDE.

ALVARO. No es sueño! No es ilusion!
(Levantando la cabeza y amargamente.)
Es la horrible realidad!
Y por qué mi corazon
aun se niega sin razon
á dar fé á lo que es verdad?
Por qué? Ay de mí! Sí: dudamos
que es exacto lo que vemos
cuando en el dolor lloramos;
cual de gozo en los estremos
creer nuestra dicha no osamos!
Nada, infeliz, ya me resta!
Todo, todo lo perdí!
En los placeres viví,
y en la ociosidad funesta
mi juventud consumí!

«Tú eres rico! No hagas nada,»
todo el mundo me decia;
y yo el veneno bebia
de esa doctrina malvada,
y gozaba, y me reia!
Mas hoy mi castigo empieza;
y me aterro en este instante
volver la vista adelante...
No me asusta la pobreza;
me asusta el ser ignorante!
Idolo del vulgo he sido
de barro y oro formado;
y ahora que el barniz prestado
del oropel he perdido,
el barro solo ha quedado!
Cuál vá á ser, pues, ya mi suerte?
Desengaños y amarguras
á que sucumbe el mas fuerte!
Para tantas desventuras
solo un remedio hay: la muerte!
(Matilde que se ha ido acercando poco á poco á don Alvaro, le dice ahora, ya á su lado y en tono solemne:)

MATILD. Ah! qué horrible pensamiento!
No, amigo mio, valor!
No es propio ese desaliento
ni de un hombre de talento,
ni en fin, de un hombre de honor!
Sí, levante usted la frente:
con trabajo y juventud
triunfa siempre un alma ardiente;
y al cabo es omnipotente
el poder de la virtud!

ALVARO. Quién el consuelo me envia?
(Levantando lentamente la cabeza y como volviendo en sí.)
Es un ángel, que dolido
de la desventura mia,
murmura acaso en mi oido
esta célica armonía?

MATILD. No... no... Es una voz humana
que solo en fortalecer
al que padece se afana!

Es una débil mujer.
Es una amiga... una hermana!
(Le tiende la mano: Alvaro la estrecha entre las suyas con efusion.)

ALVARO. Gracias, Matilde, á usted doy!
Cuando compasiva y bella
una amiga hallo aquí hoy,
no es tan adversa mi estrella;
no tan infelice soy!
Si, sí, yo trabajaré...
yo ganaré con mi mano
el pan! Ni desmayaré
nunca en fin, si hay quien me dé
el dulce nombre de hermano!

MATILD. Todo en el mundo lo alcanza
esa fé viva y constante;
todo, todo la esperanza!

ALVARO. *(Cayendo á sus piés y besándola la mano.)*
Hermana!

MATILD. *(Estremeciéndose.)*
Hermano, adelante!
Sí... Confianza! Confianza!

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Un mes despues del acto anterior.

ESCENA PRIMERA.

MATILDE *de luto.*—ROQUE.

MATILD. Y cuándo parten ustedes?
ROQUE. Por la noche.
MATILD. *(Suspirando.)*
Ah! con tal priesa?
ROQUE. Tiene mucha gana el amo
de abandonar esta tierra
en que fué tan infeliz,
y ver luego si en América
halla á los hombres mejores,
y mejores á las hembras.
Cuánto, cuánto desengaño
ha sufrido en lo que lleva
de ser pobre! Antes la casa
teniamos siempre llena
de amigos... Ahora ninguno
parece ya por sus puertas!
Es decir, con la escepcion
de don Eduardo, quien muestra
ahora su agradecimiento,
su bondad y su nobleza!
MATILD. Es un alma como hay pocas,

sensible, elevada, recta;
es un corazon en donde
la pura amistad se alberga!
Y no vendrá aqui don Alvaro?

ROQUE. Dice que le desconsuelan
las despedidas, y asi
no quiere encontrarse en esta.

MATILD. No, Roque, dígale usted
que yo le ruego que venga;
entiende usted? Si no basta,
añada que se lo ordena
su buena amiga, su hermana.

ROQUE. Pues faltará á su promesa,
porque la quiere á usted tanto!...

MATILD. Me quiere?

ROQUE. Mucho la aprecia;
y siempre me lo repite:
«Tan solo siento por ella
el marcharme de Madrid:
es tan amable y angélica
la señorita Matilde!»
Por eso, cuando la herencia
de usted...

MATILD. Se alegró?

ROQUE. Es decir,
se puso triste...

MATILD. De veras?

ROQUE. Pero me dijo: «No siempre
Roque, la fortuna es ciega,
porque ha hecho rica á una jóven
que no hay quien mas lo merezca!«
Justamente al otro dia
fué cuando le dió la idea
de marcharse al otro mundo,
á ver si allí se maneja
de modo que haga dinero
con lo poco que le resta.

MATILD. Cuánto será?

ROQUE. Veinte mil
reales! nada; una miseria,
despues de pagadas todas,
y no eran pocas sus deudas!
A nadie le debe ya...

Qué un duro? Ni una peseta.
A propósito, y perdone
usted tamaña imprudencia;
de cuánto ha sido el legado,
eh?...

MATILD. Con corta diferencia,
de unos ochenta mil duros.

ROQUE. Carambola! y qué contenta
estará usted de la muerte
de su primo!

MATILD. Tan perversa
no soy!

ROQUE. Sí, ya lo supongo;
pero qué diablo, el que hereda...
Y de qué murió el difunto?

MATILD. De apoplegía.

ROQUE. Son esas
enfermedades de ricos.
Toma! siempre en carretela,
apoltronados en casa,
con buen trago y buena mesa...
Y es verdad — soy tan curioso!
que don Eduardo y la bella
doña Serafina van
á casarse? La portera
de abajo me lo contó!...

MATILD. Vamos, el tiempo no pierda
usted con preguntas, Roque.
Vaya usted corriendo, y vuelva
á darme de su señor
la apetecida respuesta.

ROQUE. Voy allá, voy, señorita.

MATILD. (*Le da dinero.*)
Tome usted esta friolera,
para que lleve un recuerdo
mio en la espedicion esa.

ROQUE. Muchas gracias. Si es usted
de las mujeres la perla;
y mas diré, señorita;
es usted la única buena.
(*Váse.*)

ESCENA II.

MATILDE.—*Luego* DOÑA URSULA.

MATILD. Sí, vendrá, vendrá!... Dios mio,
por qué huye? Por qué se aleja
cuando el porvenir de entrambos
mas dichoso se presenta?
Ay! Sin duda no me ama!
Quizás es siempre mi estrella
abrigar una pasion
vehemente, implacable, eterna,
y no ser correspondida!
No! Apartemos esta idea
que me hace tan infeliz...
que me asusta, que me aterra!
Y si no me ama, de qué
me sirven ya las riquezas?
URSULA. (*Saliendo.*)
Matildita, cómo estás
tan sola aquí?
MATILD. (*Aparte.*)
Ay! que no vea
las lágrimas que derramo!
(*Alto.*)
Señora, vine á esta pieza
á estudiar.
URSULA. Estudiar tú
que eres ya tan opulenta?
Qué tontería! El estudio
para los pobres se queda!
Pero niña, tú has llorado.
MATILD. Yo?
URSULA. Esos ojos lo revelan.
Apuesto á que aun será por
el que está comiendo tierra...
por tu primo...
MATILD. Justamente.
URSULA. Pues lo repito, es simpleza.
Por qué se murió él? Y luego
no hay nada en que la conciencia

te acuse; tú dispusiste
por él suntuosas exequias;
tú mandaste decir misas
y responsos á docenas;
llorándole como si
no fueses tú su heredera...
Nada, nada escaseaste...

MATILD. Eso solo me consuela.

URSULA. Tambien te consolarás
con una boda soberbia,
que no has de tardar, Matilde,
en hacer como tú quieras.
Porque, hija mia, estos dias
los pretendientes me asedian;
los unos por Serafina,
los otros por tí... Es tarea!
Vaya; dí, á que no adivinas
á qué guarismo ya llegan
los memoriales firmados
que recibí?

MATILD. No.

URSULA. A noventa;
hay títulos de Castilla,
banqueros con escelencia;
generales, diputados,
gentiles-hombres, ecétera,
Porque eso sí; en este siglo
existe igualdad completa...
ante el dinero, se entiende.

MATILD. Permita usted que la advierta
que por ahora yo no pienso
en casarme.

URSULA. Qué ocurrencia!
Y por qué?

MATILD. Hasta que se cumpla
el luto...

URSULA. No es razon esa.
Cuántas el velo de viudas
por el velo nupcial truecan,
solo al mes de haber llorado
al muerto cual Magdalenas!
Pues lo mismo es Serafina;
ella que queria, ella

que adoraba poco há
á Eduardo, ahora le desdeña.
Y mira, yo en confianza
te diré que la muy nécia
desde que es pobre don Alvaro
le ama.

MATILD. Ah! Cómo!

URSULA. Y no, no creas
que he de tolerar yo
tal capricho. No, he de hacerla
casarse con don Eduardo,
que es ya un hombre de carrera,
de talento, buen muchacho...
En fin, quiero ser su suegra.

MATILD. Mas, y si ella no le amase?

URSULA. Ya le amará, cuando sea
su esposo, y cuando don Alvaro
se halle de España á mil leguas.

MATILD. Ese es un error, señora;
no mata el amor la ausencia!

URSULA. Patarata! Creeme á mi,
Matilde, que soy mas vieja...

ESCENA III.

Dichas.—DON NICOLAS.

NICOLAS. Buenos dias.

URSULA. (*Aparte.*)
Muy felices.
Yo no sé lo que aquí busca
este estafermo maldito.

NICOLAS. (*Aparte.*)
No, pues lo que es hoy escucha
mi amante declaracion
la señora doña Ursula.
Si Matilde se largase!...

URSULA. (*Aparte.*)
No hay mas; él anda á la husma...

NICOLAS. (*A Matilde.*)
No vá usté á paseo, niña?

MATILD. No señor.

NICOLAS. Por qué? Sin duda
nunca ví dia tan templado,
ni una atmósfera mas pura.

URSULA. *(Aparte.)*
Quiere alejarla de aquí!
No conseguirá su astucia!
(Alto.)
Es cierto que está templado;
pero hay tal niebla, tal bruma...

NICOLAS. Cómo! Yo no lo he advertido!

URSULA. Sin embargo, amigo, hay mucha.

NICOLAS. *(Aparte.)*
Busquemos otro recurso.
(Alto á Matilde.)
Ah! Lo olvidaba! Pregunta
á la puerta por usted
una viejecita enjuta...

MATILD. Sí? Voy allá.

URSULA. No, no vayas.
Toma! Será aquella bruja
que viene á pedir limosna;
y tan horrible que asusta.

MATILD. No iré entonces.

NICOLAS. Pues no obstante,
la beneficencia es una
de las virtudes cristianas
que mas nuestra vida endulzan.

MATILD. Es cierto; voy...

URSULA. No te muevas;
si ya la he dado yo algunas
monedas esta mañana!
(Aparte.)
El infierno le confunda!

NICOLAS. *(A Matilde.)*
Ha visto usted mi berlina?
Hoy la estreno, y es muy cuca.
Asómese usted á verla,
y dígame si le gusta.

URSULA. La vimos ayer.

NICOLAS. *(A Matilde.)*
De veras?

URSULA. Con su pescante de tumba,
sus armas y su lacayo...

NICOLAS. (*A doña Ursula.*)
Vaya! Anímese usté, y suba
á dar conmigo una vuelta...
URSULA. No cabré! Soy yo una urca!
NICOLAS. Pues deje usted que las niñas
vayan un ratito juntas...
URSULA. Solas? No! No! Y además,
luego las gentes murmuran...
NICOLAS. (*Aparte.*)
Lo que sabe la maldita!
URSULA. (*Aparte.*)
El vejete lo que apura!
NICOLAS. Cuando vine, habia en la calle
tanta gresca y barahunda!
MATILD. Sí?
NICOLAS. Una riña, una quimera...
Vaya usté antes que concluya
al balcon, pues era cosa
muy divertida y muy chusca.
URSULA. No vayas, niña; no quiero
que tú oigas á esa gentuza
soez, ni que sus dicterios
te escandalicen y aturdan.
NICOLAS. (*Aparte.*)
No hay mas medio que decirlo
francamente y con lisura.
(*Alto.*)
Tengo que hablar, Matildita,
á mi señora doña Ursula
de un asunto reservado...
URSULA. No importa; hable usted: es suma
su prudencia, y yo no tengo
secretos para ella nunca.
NICOLAS. Sin embargo, ahora se trata
de materia peliaguda...
MATILD. Ya me voy, porque no quiero
que mi presencia aquí influya...
NICOLAS. Vaya usted con Dios!
URSULA. Matilde,
quédate.
NICOLAS. No es cosa justa
que ella sepa...
URSULA. No te vayas.

NICOLAS. Se pone usté hecha una furia!
MATILD. Señores, hasta despues.
(*Váse.*)
URSULA. (*Aparte.*)
Ya se salió con la suya!

ESCENA IV.

DOÑA URSULA.—DON NICOLAS.

URSULA. A qué viene, diga usté,
tanto misterio escusado?
NICOLAS. Señora, no era acertado
que Matilde oyese...
URSULA. El qué?
NICOLAS. Lo que voy á revelar
á usté ahora, en este instante.
El asunto es importante.
URSULA. Pues comience usted á hablar.
NICOLAS. Los dulces años corrí
de mi juventud primera,
buscando una compañera
que fuese digna de mí;
y si casado no estoy
no es en verdad culpa mia...
porque lo que apetecia
no lo he encontrado hasta hoy.
URSULA. Y qué es ello?
NICOLAS. Una mujer
ni muy jóven ni muy vieja...
URSULA. Vaya! Una hermosura añeja?...
Y usted la puede querer?
NICOLAS. Pero tiene un corazon...
una gracia... un desparpajo!
URSULA. Todo eso quizás debajo
de un enorme pelucon.
NICOLAS. No tal, si tendrá cuarenta
años, señora, á lo sumo!
URSULA. Já! Já! Já! Pues yo presumo
que cumplió ya los cincuenta.
NICOLAS. Está tan robusta y lista,
y no la falta ni un diente.

URSULA. Ay amigo! ciertamente
Rotondo es un gran dentista.
NICOLAS. En el *bandó* que se ciñe
á su mejilla de grana,
no se divisa una cana.
URSULA. Toma! porque se las tiñe!
NICOLAS. Tampoco en su tez se halla
ni una arruga, ni una peca...
URSULA. Gracias á cierta manteca
de Fortis, y á la tohalla
de Venus.
NICOLAS. En fin, señora,
usted inspira este amor...
URSULA. Calle usted, que de rubor
se cubre mi frente ahora.
NICOLAS. La llama en mi pecho arde,
que para amarnos nacimos!
URSULA. Solo que lo conocimos,
por desgracia, un poco tarde!
NICOLAS. Aun estoy en buena edad,
y no es mala mi presencia;
tengo coche, y escelencia
y mucha celebridad.
No soy pobre, usted es rica;
mi talento es conocido...
URSULA. Pues yo confieso que he sido
y soy siempre una tontica!
NICOLAS. No, hacerla justicia debo:
usted tiene sensatez
y chispa mas de una vez...
URSULA. Chispa yo? Si nunca bebo!
NICOLAS. Vamos, no lo eche usté á chanza
con ese festivo humor...
URSULA. Pero no es broma, señor?
NICOLAS. Cómo! Broma esta esperanza?
No, Ursulita, yo á usted la amo!
URSULA. No hay duda, ha perdido el seso!
NICOLAS. Sí, si; mi dulce embeleso,
una respuesta reclamo
que me llene de alegría,
ó colme mi desventura.
Premie usted ya mi ternura;
premie ya la pasion mia!

Nada hay que se oponga, nada,
á nuestra feliz union;
y hasta la satisfaccion
de dejar asegurada
de nuestros hijos la suerte...

URSULA. Animas del Purgatorio!
Hijos usté! Un vejestorio
que está acechando la muerte!

NICOLAS. Eso ponderacion es!
Yo tengo cuarenta y dos...

URSULA. Con veinte mas!

NICOLAS. No, por Dios!

URSULA. Yo cumplí cincuenta y tres!
Con que mire usted si así
hay riesgo...

NICOLAS. (*Aparte.*)
Estoy en un potro!

URSULA. Esto es lo uno; y lo otro
que me vá muy bien á mi
en mi situacion presente
para que con ceguedad
esponga mi libertad
y mi dicha nuevamente.
Con que aquí fuego no dió
la mecha, no, señor mio;
y aunque vé usted que me rio,
de sobra conozco yo
cuál era su fin secreto...

NICOLAS. Esa malicia, señora...

URSULA. No lo niegue usted ahora:
mis monises; hé ahí su objeto!
Se acabó... Por lo demás
tan amigos como antes:
ya sus palabras... amantes...
olvidé, don Nicolás.
Pero en cuanto á matrimonio,
ni con usté ni otro alguno;
no, no hay peligro ninguno
de que me tiente el demonio.
Porque—decírselo quiero;
en mi enlace solo fuí
dichosa dos dias!—Sí,
el que me casé, primero;

y luego el que quedé viuda.
Con que teniendo esta idea
y hallándome vieja y fea,
no reincidiré sin duda.
Tal mi firme voluntad
es; sí señor, lo repito;
marido no necesito...
y viva la libertad!
(Váse.)

ESCENA V.

DON NICOLÁS *sólo.*

Calabazas á un gran cruz
de Isabel! A un caballero
de la de Cárlos tercero!
A un Nicolás de Eguiluz,
cuyo nombre es tan famoso
no solamente en España,
sino en cualquiera tierra estraña,
del universo anchuroso!
A un sábio cuyas divinas
obras, son ya populares
en mil pueblos y lugares...
y en fin, hasta en las cocinas!..

ESCENA VI.

Dicho.—DON ALVARO.

ALVARO. Qué es eso? Qué tiene usté
que tan furioso le encuentro?
NICOLAS. *(Aparte.)*
Que la procesion por dentro
anda, yo le ocultaré.
(Alto.)
Era que ensayaba aqui
una oracion elocuente
que diré próximamente...
ALVARO. En la academia, eh?

NICOLAS. Sí, sí.
ALVARO. Contra ideas insensatas
de?...
NICOLAS. Sobre un tema profundo
que interesa á todo el mundo;
sobre el mal de las patatas.
ALVARO. Algo me choca en verdad
que en un cuerpo literario...
NICOLAS. Porque es mi objeto diario
el bien de la humanidad!
Pero hablemos de otra cosa.
Con que te ausentas de España?
ALVARO. Hoy mismo.
NICOLAS. Mucho me estraña
esa marcha presurosa.
Por qué te vás?
NICOLAS. Por qué, tio?
Ay! Por evitar los daños
de otros nuevos desengaños
al pobre corazon mio!
NICOLAS. Con que es cierto que quedáste
totalmente arruinado?
ALVARO. Si señor!
NICOLAS. Chasco es pesado!
Mas qué diablo! Al fin gozaste!
ALVARO. Si padecí ó si gocé,
solo eso Dios lo ha sabido:
pero nada he recogido
de aquel oro que sembré.
NICOLAS. *(Aparte.)*
A que va á pedirme ahora
los mil duros que me dió,
y con los que compré yo
mi berlina encantadora?
Huyamos á toda prisa.
(Alto y cogiendo su sombrero.)
Sobrino, adios, buen viaje...
Tengo abajo el carruaje...
ALVARO. Se vá usted?
NICOLAS. Sí; voy á misa.
ALVARO. A misa á las tres y media?
NICOLAS. No es tan tarde!
ALVARO. Si lo es tal.

NICOLAS. Quién ha visto empeño igual?
ALVARO. Tio, basta ya de comedia.
Usted quiere huir de mi
porque teme que le pida
la cantidad consabida...
De sobra lo conocí,
pero tengo yo mas pecho;
guárdela usted... se la doy
aunque rico ya no soy,
y hágale muy buen provecho.
NICOLAS. Sobrino!
ALVARO. Ahora puede usté
marcharse á misa, si gusta.
NICOLAS. Piensa que es manera injusta
esta de tratarme, y que...
ALVARO. Ya estoy curado de espantos,
y de esas cosas me rio;
porque, qué es usted, tio mio?
Solamente uno de tantos!

ESCENA VII.

Dichos.—SERAFINA.

SERAF. *(Aparte al salir.)*
Ah! Alvaro! Mi corazon,
al verle, con fuerza late!
NICOLAS. *(Aparte.)*
Serafina! Viene á punto
para que pueda largarme!
(Saludándola y despidiéndose.)
Señorita...
SERAF. Se vá usted?
ALVARO. Sí; vá á misa.,. por la tarde!
Já! já! já!
NICOLAS. *(Aparte.)*
Con su sorna
cual me requema la sangre!
(Alto á Serafina.)
No le haga usted caso; voy
á cierto asunto importante...

ALVARO. Y tan importante, tio!
Es la verdad!
NICOLAS. (*Aparte.*)
Dále! Dále!
(*Alto.*)
Con que, abúr.
ALVARO. Espere usted:
si tiene algo que mandarme,
hágalo usted con franqueza
á América, y en donde me halle.
NICOLAS. Gracias!
ALVARO. Porque yo le quiero
mucho á usted, y bien lo sabe.
NICOLAS. Repito!...
ALVARO. Vaya! Ningun
encarguito vá usted á darme?
No se le ofrece á usted nada?
NICOLAS. No: que lleves buen viaje.
(*Escapa.*)
ALVARO. (*Aparte.*)
No es mal par de banderillas
el que he logrado clavarle!

ESCENA VIII.

SERAFINA.—DON ALVARO.

SERAF. Es cierto? Se ausenta usted?
ALVARO. Es ya cosa irrevocable,
Serafina, y esta noche...
SERAF. (*Con efusion afectada.*)
Yo no quiero que te marches!
No, no lo permitiré;
si tú has dejado de amarme,
no has conseguido por eso
que menos yo te idolatre!
ALVARO. Qué locura!
SERAF. Si eres pobre,
qué importa? Tengo bastante
fortuna para los dos...
O si tú quieres llevarme

contigo, te seguiré
cual un perro á todas partes!

ALVARO. Y este amor tan repentino
cómo he podido inspirarte?

SERAF. Lo confieso; no te amaba
cuando rico eras tú antes;
pero desde que eres pobre...

ALVARO. Entonces te enamoraste
de mi pobreza? Es capricho
muy digno de tu carácter!
Y Eduardillo que te adora...
y á quien tú tambien amaste?...

SERAF. Sí; pero desde que tiene
ese destino brillante...

ALVARO. Calla! Con que es por lo visto
requisito indispensable
para alcanzar tu cariño
ser mendigo vergonzante
cuando menos?—Lo repito!
he jurado no casarme
pobre yo, con una rica,
porque no juzgue mi enlace
vil cálculo de interés!

SERAF. Si quieres, en el instante
renuncio mis bienes todos;
y vamos peregrinantes
á buscar que nos dé asilo
algun sosegado valle,
en una preciosa gruta
de jaramagos y sauces.
Y verás qué venturosos
somos, y cuanto envidiable
parece nuestra existencia...

ALVARO. Al que la cadena arrastre
en Melilla ó la Gomera.
Lo conozco; es invariable
tu génio, y siempre con esas
tonterias te complaces.

SERAF. Dime por qué no me amas?
y á aborrecerme llegaste?

ALVARO. Si no hay tal; yo ni te amo
ni te aborrezco!

SERAF. Oh! culpable

he sido, mas no merezco
tu indiferencia! Detéstame,
ya que no me quieras, pero
no con frialdad me trates!
Responde, por qué no me amas?

ALVARO. Eso es ya mucho apurarme!

SERAF. Quiero saberlo, lo exijo,
aunque la pena me mate!

ALVARO. Pues bien... es... porque amo á otra!

SERAF. Mónstruo! El puñal me clavaste
entero en el corazon!

ALVARO. Ahora quejas semejantes,
cuando tú?..

SERAF. No, no me quejo;
venga la muerte á librarme
de este dolor tan horrible,
de esta vida insoportable.

ESCENA IX.

Dichos.—DON EDUARDO.

EDUARD. Serafina! Alvaro mio,
mucho celebro encontrarte;
te he buscado inútilmente
en tu casa, en todas partes,
sospechando si querrías
sin despedirnos marcharte...

ALVARO. No! No!

EDUARD. *(A Serafina.)*
Qué! Ha llorado usted?
Veo síntomas alarmantes
de...

SERAF. Déjeme usted en paz!

ALVARO. No está para tafetanes
la Magdalena, querido!

SERAF. *(A Eduardo.)*
No he visto hombre mas pedante
que usted!

EDUARD. Cómo! Serafina...

SERAF. (*Aparte.*)
Dios mio! y pude yo amarle?
Ay! qué diferencia entre ellos!
Nunca podré consolarme!

ESCENA X.

DON ALVARO.—DON EDUARDO.

EDUARD. Qué tiene?
ALVARO. Yo no lo sé;
mas lo infiero; algun capricho.
EDUARD. Quien antes me hubiera dicho
que me despreciara, así, y qué...
juzgo que te quiere ahora,
porque tú ya no la quieres,
pues así son las mugeres.
ALVARO. Disparate! Si te adora!
EDUARD. De veras?
ALVARO. Te lo aseguro,
y de tí solo me hablaba.
EDUARD. Y yo que me figuraba
que desdeña mi amor puro!
ALVARO. Igualmente los amantes
temen y recelan eso.
EDUARD. Es mi vida, es mi embeleso,
siempre, en todos los instantes;
y pues que no la amas ya
confesártelo ahora quiero;
ha sido mi amor primero,
y mi último amor será!
Que solo la ley sagrada
de la amistad, en mi pudo
ser por tanto tiempo escudo
á esta pasion acendrada.
ALVARO. Pobre Eduardo! Ay! Esas son,
segun un autor moderno,
cual torturas del infierno,
borrascas del corazon!
EDUARD. Aun me acusa la conciencia
de que la amarás...
ALVARO. Por qué?

Cuando en casarme pensé
fué solo por conveniencia.
Amor? Nunca! Te lo juro;
yo á la verdad, conocia
que ella á tí te preferia...
y ya ves, esto era duro.
Así, amigo, sé dichoso,
mientras yo á intentarlo voy...

EDUARD. Con que al fin te marchas?

ALVARO. Sí: hoy.

EDUARD. Alvaro, mas orgulloso,
mas cruel que yo lo fui
para tí, conmigo has sido;
porque aceptar no has querido
lo poco que te ofrecí.
Aun es tiempo; no te ausentes
y que te pague permite...

ALVARO. Crees que de ello necesite
para amarte?

EDUARD. No consientes?

ALVARO. No; hay un motivo... Un objeto...
sí, Eduardo, sí: debo huir
en silencio, y sin decir
á ninguno mi secreto.

EDUARD. Ingrato! Ni desahogar
conmigo quieres tu pena?

ALVARO. Es que está el alma tan llena
que... No, no! No puedo hablar!

EDUARD. Pero ¿ Y si yo lo adivino?
Y si la causa presumo?

ALVARO. Aunque es tu talento sumo,
acaso te falta el tino
ahora para conocer...

EDUARD. No; abriga tu corazon
una violenta pasion...
que no te es dado vencer!

ALVARO. Ah! Calla!

EDUARD. Con que es verdad?

ALVARO. Mas no me preguntes nada!
Aquí vivirá encerrada
sin remedio y sin piedad!
Pero hablemos de otro asunto.
A despedirme he venido

de estas señoras, querido...
EDUARD. Yo las avisaré al punto,
si tú gustas, porque allá
á ver á la mamá voy.
ALVARO. Dí á Matilde que aquí estoy.
EDUARD. Y ella al momento vendrá.
Con que, Alvaro, hasta despues.
ALVARO. (*Abrazándole.*)
Adios!
EDUARD. Pero aun nos veremos.
ALVARO. Sin duda!
EDUARD. (*Aparte al marcharse.*)
Tantos estremos!
No, no me engaño! Ella es!
(*Váse.*)

ESCENA XI.

DON ALVARO *solo.*

Corazon mio, valor!
En esta lucha postrera,
esconde tu angustia fiera,
esconde, guarda tu amor!
Ay! Por qué la conocí,
desventurado, tan tarde?
Por qué mi afecto, cobarde
antes ya no la ofrecí?
Pero no; que ella podria
á codicia miserable
atribuir la indomable
llama de la pasion mia.
Así, corazon, callemos;
así, corazon, suframos:
y mas que nunca escondamos
el llanto que derramemos!
Ella es! Y cuánto al verla
gozo y padezco igualmente!
Por qué encontrarla al presente,
si tan pronto he de perderla?

ESCENA XII.

MATILDE.—DON ALVARO.

MATILD. Con que así abandona usté
á aquella á quien prometió
su amistad... á quien llamó
tambien hermano!—Y por qué?
ALVARO. Si señora: debo huir...
debo alejarme de España...
MATILD. Y esa decision estraña
qué ha podido producir?
ALVARO. De mi riqueza cuantiosa
nada, nada he conservado...
Es decir, sí... Me ha quedado
una amiga cariñosa!
MATILD. Pero la aflige usted hoy
con esa ausencia importuna!
ALVARO. A tratar de hacer fortuna
tan solo á América voy.
MATILD. Lo comprendo; es que quizás
dió usted mi afecto al olvido,
ó el suyo mentira ha sido!
ALVARO. No lo piense usted jamás!
Luego, Matilde, el instante
sin duda no está lejano
de que otorgue usted su mano
á algun venturoso amante;
y ese, de su autoridad
usando, proscribiria
muy en breve, amiga mia,
nuestra inocente amistad!
MATILD. Por lo mismo, inclinacion
no abrigo aun al himeneo.
ALVARO. Pero pronto, lo preveo,
cambiará usted de intencion.
Lo que á la verdad, tambien
naturalmente se esplica;
bella usté, virtuosa, y rica...
MATILD. Maldita riqueza, amen!

Vino la herencia en mal hora!
ALVARO. Qué dice usted? Es posible!
Por qué?
MATILD. Antes era factible
lo que es difícil ahora!
ALVARO. Cómo?
MATILD. Encontrar quien me amára
con cariño verdadero,
por mí, y no por mi dinero.
ALVARO. Sí, la razon es muy clara,
Matilde.—Son tan frecuentes
los ejemplos en el mundo
de ese interés vil, inmundo,
en el comun de las gentes!
Y por ellos, vive Dios,
se ultraja al amor mas alto!...
Qué locura! Yo me exalto!
Con que, amiga mia, adios!
MATILD. Huye usted de mi presencia?
ALVARO. Con toda el alma lo siento;
mas detener ni un momento
no es ya posible mi ausencia.
MATILD. Lo veo; es usté un ingrato!
ALVARO. Ingrato!—Esa sinrazon
cuando el triste corazon
rebosa... Calla, insensato!
(*Aparte.*)
No descubras tu secreto!
Huyamos pronto de aquí!
MATILD. (*Deteniéndole.*)
Usted no me engaña á mí;
á que adivino el objeto
de ese viaje apresurado?
ALVARO. No niego que llevo uno...
MATILD. No: si ademas hay alguno...
Es que está usté enamorado!
ALVARO. Cómo! Yo no he dicho tal!
MATILD. Qué importa que calle usté?
ALVARO. Y... de quién?
MATILD. Eso... no sé!
Con que no es muy grande el mal!
Pero si á usté no le enfada,
á referirle ahora paso

un cuento que es muy del caso.

ALVARO. Mucho esa idea me agrada,
porque por cuentos me muero!

MATILD. Pues principio.—Este era un rey
que tenia, como es ley,
un hijo por heredero;
y allí en la córte vivia
una princesa... aunque hermosa,
pobre... Así, por tan honrosa
causa, el amor escondia
que al príncipe profesaba...

ALVARO. Vamos, siga usté adelante...
Será el cuento interesante
si como principia acaba.

MATILD. Padre de la jóven era
cierto magnate ambicioso
que levantando alevoso
de rebelion la bandera,
del trono arrojar logró
á su dueño y soberano,
y la corona él ufano
á la frente se ciñó.
Hallóse, pues, la doncella
rica; y pobre, desvalido
el que opulento habia sido...
Entonces... no ocultó ella
ya su cariño constante,
y el propio amoroso fuego
éncender consiguió luego
en el alma de su amante...
aunque el ejemplo imitando
que ella primero le dió,
si él con delirio la amó,
la amára tambien callando!

ALVARO. Y por qué en este momento,
por qué se detiene usté?
Que me interesa no vé
tanto, tanto, tanto el cuento?

MATILD. Prosigo mi narracion.
Quiso el príncipe evitar
que pudiesen calumniar
su noble y fiel corazon,
su altiveza, su honor santo,

y entonces resolvió huir...

ALVARO. Y... á América pensó ir?

MATILD. El cuento no dice tanto.
Mas sabiendo la princesa
de aquella fuga el fin cierto,
fué á detenerle... hasta el puerto...

ALVARO. Y qué le dijo?

MATILD. Me pesa
no acordarme enteramente
de sus palabras ahora...

ALVARO. Con poco esfuerzo, señora,
logrará usted fácilmente...

MATILD. Le dijo... «No partirás!
Ese sacrificio nuevo,
sublime, no, yo no debo
ni quiero aceptar jamás!
Ni nada te importe, no,
que llame á tu amor codicia
del mundo la vil malicia...
Te comprendo y te amo yo!»

ALVARO. *(Queriendo arrojarse á sus piés.)*
Ah!

MATILD. Se quiere usted callar?
Porque si á cada momento
me interrumpe, será el cuento...
cuento de nunca acabar!
«Asi, (y continúa hablando
la princesa) yo te doy
de un trono la mitad hoy;
y no la rehuses, cuando
con ella ofrecerte quiero
no riquezas, que tambien
cual yo desprecias, mi bien;
no... mi corazon entero!»

ALVARO. Y él qué respondió... quizás
lleno de pura alegría?

MATILD. Eso lo ignoro, á fé mia,
que el cuento no dice mas.

ALVARO. No? pues entonces confio
que inventaré un desenlace;
porque gran falta le hace
si no ha de acabar muy frio.
Lo mas vorosimil es

que en cuanto el príncipe oyese
tales palabras, cayese
de la princesa á los piés...
(*La accion acompaña á los versos.*)
y que conmovida, tierno,
mil ósculos estampara
en su mano, y la jurára
mil veces amor eterno!

MATILD. Oh!

ALVARO. Se quiere usted callar?
Porque si á cada momento
me interrumpe, será el cuento...
cuento de nunca acabar!

MATILD. Mas si ya no falta nada!

ALVARO. Poquísimo.

MATILD. Si usted pone
que hubo boda...

ALVARO. Se supone
que es circunstancia obligada
de tales historias esa.
Y colorin colorado:
pues ya el cuento se ha acabado
del príncipe y la princesa!
(*Vuelve á besarla la mano, á tiempo que salen los otros.*)

ESCENA XIII.

Dichos.—DOÑA URSULA.—SERAFINA.—DON EDUARDO.

URSULA. Qué miro?
(*Aparte.*)
Ay! Mi corazon!

ALVARO. Eh! No hagan ustedes caso;
era de comedia un paso,
que ya tuvo conclusion.

URSULA. Cómo?

MATILD. Solo por usté...
á quien siempre he complacido...
resolví buscar marido.

URSULA. De veras?

MATILD. Y lo encontré!
SERAF. Ah? esa palabra me mata!
URSULA. Alvaro?
MATILD. El mismo, señora.
URSULA. (*Bajo á ella.*)
Pero no sabes que ahora
es pobre como una rata?
MATILD. Qué mas dá? Para los dos
basta y sobra mi fortuna!
URSULA. (*Aparte.*)
Bravo!—Pues salí de una!
Y la otra? Si querrá Dios?
(*A Serafina.*)
Niña, y tú, la imitarás?
SERAF. Qué dice usted, madre mia?
Hacer yo una boda impía?
No, jamás, jamás, jamás!
EDUARD. Serafina?
SERAF. En un convento
entre el rezo y la abstinencia
pasaré de mi existencia
hasta el postrimer momento!
MATILD. Cómo! Desdichada! Quieres...
SERAF. Sí; buscar allí un abrigo.
Hombres! Hombres! Yo os maldigo!
EDUARD. Y yo os maldigo, mujeres!

ESCENA ULTIMA.

Dichos, menos SERAFINA.

ALVARO. Pero, santo Dios, es loca?
URSULA. Romántica; y ya vé usté
que es igual; ó al menos que
la diferencia es muy poca!
Sin embargo, aquí lo anuncio;
esto se le pasará....
(*A Eduardo.*)
y tal vez mañana ya. .
EDUARD. Yo su marido? Abrenuncio!
Digo! No es nada la cosa!

Aunque adoro la poesía,
sepa usted, señora mia,
que quiero casarme en prosa.

URSULA. No gastemos mas razones;
otro encontrará la chica,
que al cabo, como ella es rica,
la sobrarán proporciones.

ALVARO. Riqueza? No es suficiente:
y de ello soy buen ejemplo,
que tan feliz me contemplo
siendo tan pobre al presente.
Ni nunca mas rico fuí
que desde que soy dichoso;
ni porvenir mas hermoso
que ahora asomó para mí.

URSULA. Yo eso juzgo, á la verdad,
de enamoradas simplezas...

ALVARO. No señora! Las riquezas
no dan la felicidad!

FIN DE LA COMEDIA.

EN DOS ACTOS.

Un ente como hay muchos.
Cornelio Nepote.
Los pretendientes del dia.
Los dos amores.
Deudas del alma.
Pipo, ó el Princ. de Montecresta.
Las diez de la noche.
El Congreso de Jitanos.
El Preceptor y su mujer.
La Ley Sálica.
Un casamiento por hambre.
Antes que todo el honor.
¡Un divorcio!
La hija del misterio.
Las cucas.
Gerónimo el albañil.
Maria y Felipe.

EN UN ACTO.

Un sentenciado á muerte.
No se hizo la miel...
Los preciosos ridiculos.
Lo que al negro del sermon.
La union carlo-polaca.
Pepiya la aguardentera.
¡¡Ingleses!!
Un fusil del Dos de mayo.
Cuerdos y locos.
Pst., Pst.
Entre Scila y Caribdis.
Al que no quiere caldo.
La piel del Diablo.
Si buenas ínsulas me dan...
El perro rabioso.
De qué?
La herencia de mi tia.
La capa de Josef.
Alí Ben-Salé-Abul-Tarif.
Los apuros de un Guindilla.
El Sacristan del Escorial.
El sol de la libertad, *loa.*
Amarse y aborrecerse.
Trece á la mesa.
Dos casamientos ocultos.
Cinco pies y tres pulgadas.
A la Córte á pretender.
Con el santo y la limosna.
De potencia á potencia.
Las avispas.
El aguador y el misántropo.
Acertar por carambola.
El rey por fuerza.
Las obras de Quevedo.
Un protector del bello sexo.
No siempre lo bueno es bueno.
Huyendo del peregil.
El chal verde.
Como usted quiera.
Un año en quince minutos.
¡Un cabello!
El don del cielo.
La esperanza de la Pátria, *loa.*
Alza y baja.
Cero y van dos.
Por poderes.
Una apuesta.
¿Cuál de los tres es el tio?
La eleccion de un diputado.
La banda de capitan.
Por un loro!
Simon Terranova.
Las dos carteras.
Malas tentaciones.
Dos en uno.
No hay que tentar al Diablo.
Una ensalada de pollos.
Una actriz.
Dos á dos.
El tio Zaratan.
Los tres ramilletes.
El corazon de un bandido.
Treinta dias despues.
Cenar á tambor batiente.
Las Jorobas.
Los dos amigos y el dote.
Los dos compadres.
No mas secreto.
Manolito Gazquez.
Percances de un apellido.
Clases pasivas.
Infantes improvisados.
Por amor y por dinero.
Estrupicios por amor.
Mi media naranja.
¡Un ente singular!
Juan el Perdío.
De casta le viene al galgo.
¡No hay felicidad completa!
El vizconde Bartolo.
Otro perro del hortelano.
No hay chanzas con el amor.
¡Un bofeton.... y soy dichosa!
El premio de la virtud.
Sombra, fantasma y muger.
Cuerpo y sombra.
Un Angel tutelar.
El turron de Noche-buena.
La casa deshabitada.
Un contrabando.
El Retratista.

ZARZUELAS CON SUS PARTITURAS Á TODA ORQUESTA.

Diego corrientes.
El Padre Cobos.
Una aventura en Marruecos.
Haydé ó el secreto.
El tren de escala.
Aventura de un cantante.
La Estrella de Madrid.
Don Simplicio Bodadilla.
El Duende.
El Duende, segunda parte.
Las señas del Archiduque.
Colegialas y soldados.
Tramoya.
Gloria y peluca.
Palo de ciego.
Tribulaciones!!
El Campamento.
Por seguir á una muger.
Buenas noches, señor don Simon.
Misterios de bastidores.
El marido de la muger de D. Blas.
Salvador y Salvadora.
¡Diez mil duros!
Los dos Venturas.
De este mundo al otro.
El sacristan de San Lorenzo.
El alma en pena.
La Flor del valle.
La hechicera.
El novio pasado por agua.
La venganza de Alifonso.
El suicidio de Rosa.
La pradera del canal.
La Noche-buena.
Una tarde de toros.
Partitura del Duende, para piano y canto.

OBRAS.

Diccionario de la legislacion mercantil de España, por D. Pablo Avecilla.
Legislacion militar de España, por D. Pablo Avecilla.
Código penal reformado, ilustrado y anotado con citas y tablas de penas.
Curso de Derecho Mercantil de España, por el doctor D. Pablo Gonzalez Huebra.

PUNTOS DE VENTA EN PROVINCIAS.

Albacete. . .	D. Sebastian Ruiz.
Alcalá. . . .	Eladio Altés.
Alcoy. . . .	Viuda é hijos de Martí.
Algeciras. . .	Clemente Arias.
Alicante. . .	Pedro Ibarra.
Almagro. . .	Antonio Vicente Perez.
Almeria. . .	Mariano Alvarez.
Andujar. . .	Domingo Caracuel.
Antequera. .	Joaquin María Casaus.
Aranda. .	Manuel Martin Fontenebro.
Aranjuez. . .	Gabriel Sainz.
Arévalo. . .	José Espinosa.
Avila. . . .	Santiago Lopez Muñoz.
Avilés. . . .	Ignacio García.
Badajoz. . .	Sra. Viuda de Carrillo.
Baena. . . .	Francisco Fernandez.
Baeza. . . .	Francisco de P. Torrente.
Barbastro. . .	Mariano Ferraz.
Barcelona. . .	Juan Oliveres.
Idem. . . .	José Piferrer y Depaus.
Baza. . . .	Joaquin Calderon.
Bejar. . . .	Vicente Alvarez.
Bilbao. . . .	Viuda de Delmas.
Borja. . . .	Manuel Marco Cadena.
Burgos. . .	Timoteo Arnaiz.
Cabra. . . .	Manuel Rendon.
Cáceres. . .	José Valiente.
Cádiz. . . .	Viuda de Moraleda.
Calatayud. .	Bernardino Azpeitia.
Carrion. . .	Luis Agudo Luis.
Cartagena. .	Juan Maestre.
Cervera. . .	Antonio Samperé.
Chiclana. . .	Manuel Alvarez Sibello.
Ciudad-Real. .	Viuda de Gallego.
Córdoba. . .	Rafael Arroyo.
Coruña. . .	José Lago.
Cuenca. . .	Pedro Mariana.
Ecija. . . .	Julio de Giuli.
Figueras. . .	José Conte Lacoste.
Gerona. . .	Fráncisco Dorca.
Gijon. . . .	Vicente de Escurdia.
Granada. . .	José María Zamora.
Guadalajara. .	Fermin Sanchez.
Habana. . .	Charlain y Fernandez.
Haro. . . .	Pascual de Quintana.
Huelva. . .	José V. Osorno é hijo.
Huesca. . .	Manuel Guillen.
Igualada. . .	Antonio Onís y Novau.
Jaen. . . .	José Sagrista.
Jer. de la Fr.	José Bueno.
Leon. . . .	Manuel Gonzalez Redondo.
Lérida. . .	Manuel de Zara y Suarez.
Llerena. . .	Bernardino Guerrero.
Lisboa. . .	Silva Junior.
Loja. . . .	Juan Cano.
Lorca. . . .	Francisco Delgado.
Lugo. . . .	Viuda de Pujol y hermano.
Lucena. . .	Juan Bautista Cadena.
Málaga. . .	Francisco de Moya.
Mánila. . .	D. Ramon Somoza.
Manresa. . .	Juan Alliot.
Manzanares. .	Dimas Lopez.
Mataró. . .	Narciso Clavell.
Medina-Sidon.	Francisco Ruiz Benitez.
Mérida . . .	Manuel de Bartolomé Diez.
Mondoñedo. .	Francisco Delgado.
Murcia. . .	José Galan.
Orense . . .	José Ramon Perez.
Oviedo . . .	Bernardo Longoria.
Palencia. . .	Gerónimo Camazon.
Palma. . . .	Pedro José García.
Pamplona. . .	Viuda de Ripa.
Paris. . . .	Lasale y Melan.
Plasencia. . .	Isidro Pis.
Pontevedra. .	Manuel Verea y Vila.
Priego. . . .	Gerónimo Garacuel.
P. Sta. María.	José Valderrama.
Requena. . .	Rafael Ripollés.
Reus. . . .	Pedro Moliner.
Rioseco. . .	Marcelino Tradanos.
Rivadeo. . .	Francisco F. de Torres.
Ronda. . . .	Rafael Gutierrez.
Rota. . . .	Pedro Gomez de la Torre.
Salamanca. .	Rafael Huebra.
San Fernando.	José Tellez de Meneses.
San Lucar. .	José María del Villar.
Sta. Cruz Tf.	Nicolas Power.
San Sebastian.	Sres. Domercq y Sobrino.
Santander. . .	Pedro Basañet.
Santiago. . .	Bernardo Escribano.
Segovia. . .	Eugenio Alejandro.
Sevilla. . .	Cárlos Santigosa.
Idem. . . .	Viuda de Fé y hermano.
Soria. . . .	Francisco Perez Rioja.
Talavera. . .	Angel Sanchez de Castro.
Tarragona. .	José Pujol.
Teruel . . .	Vicente Castillo.
Toledo. . .	José Hernandez.
Toro. . . .	Alejandro Rodriguez Tejedor.
Tortosa. . .	Creceneio Ferreres.
Trin. de Cuba.	Meliton Francisco de Revenga.
Tuy. . . .	Manuel Martinez de la Cruz.
Valencia. . .	Francisco de P. Navarro.
Idem. . . .	José Mateu Cervera.
Idem. . . .	José María Moles.
Valladolid. .	Felix Mateo.
Valls. . . .	Cayetano Badia.
Velez-Málaga.	Antonio María Cebrian.
Vich. . . .	Ramon Tolosa.
Vigo. . . .	José María Chao.
Vill. y Geltrú.	Magin Beltran.
Vitoria . . .	Bernardino Robles.
Utrera. . .	Juan Ramos.
Ubeda. . .	Carlota Treviño.
Zafra. . . .	Juan de Dios Hurtado.
Zamora. . .	Manuel Ceno.
Zaragoza. . .	Viuda de Polo.

El Círculo Literario Comercial se halla establecido en la calle de Fuencarral casa de Astrarena.